

MONSTRUO EN LA OPERA

CURTIS GARLAND

Abajo, en la platea, ya no sonaban aplausos. Se escuchaban voces, risas y carreras por los corredores de la ópera, entre abrir y cerrar de puertas de camerinos. El telón final estaba echado, tras la triunfal noche de estreno.

Los desnudos brazos de Shawn Francis, abrieron hueco entre la ropa colgada, con fuerte olor a pieles, a tejidos de lana, y también a naftalina desinfectante. Sus manos buscaron unas ropas, una bata…

En ese preciso instante, oscilaron las luces de gas de su camerino, como si fueran a apagarse.

Y también en ese instante, Shawn Francis, la cantante triunfadora, se enfrentó con el horror.

Su alarido tuvo mucho de espeluznante. Casi era imposible que lo emitiese una garganta humana, aunque ésta perteneciera a una poderosa cantante de ópera. Tal fue el pavor, la angustia y la desesperación reflejados en aquel grito de mujer.



Curtis Garland

Monstruo en la Ópera

Bolsilibros: Selección Terror - 102

ePub r1.0
xico_weno 01.09.15

Título original: *Monstruo en la Ópera*
Curtis Garland, 1975

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

A Gaston Leroux. Y no porque mi obrita pretenda ser una nueva versión de El Fantasma de la Ópera, su inmortal creación literaria, ejemplo admirable de relato fantástico, publicada en 1910. Solamente porque Leroux, al margen de esa creación que el cine llevó a la popularidad más absoluta tantas veces desde Rupert Julián en 1925, con Lon Chaney a la cabeza del reparto, hasta la más reciente de Terence Fisher para la Hammer británica, con Herbert Lom en una fallida encamación de Erik, El Fantasma, supo abrir brecha en el difícil mundo de la literatura imaginativa, hecha de fantasía, de horror, de intriga y de una mezcla ingeniosa y certera de lo macabro y lo humorístico.

Gaston Leroux, abogado de profesión y escritor de vocación y también luego de profesión, nació en París en 1868 y falleció en Niza en 1927. Entre sus obras, yo seleccionarla aquí, a vuelapluma, por encima de todas, su mítico Fantasma, deambulando por las catacumbas y las alcantarillas de París, con su rostro dantesco y su humanísima condición, oculta tras la máscara del horror: «Basta, basta… Quiero tener una casa tranquila, con puertas y ventanas ordinarias, y la compañía de una mujer, como todo el mundo…», dirá en cierto momento del relato el patético monstruo de Leroux.

Tras esa obra, el autor supo crear intrigas tan esplendidas como El misterio del cuarto amarillo, El hombre que vio al diablo, Alsacia, y se recreó en el horror de La muñeca ensangrentada y La máquina de asesinar. Supo dar vida a personajes tan inefables como Chéri-Bibi o el audaz reportero Rouletabille, con su Perfume de la dama de negro, sobre otras muchas aventuras.

En suma: Gaston Leroux fue un hito en la historia de la novela fantástica y de terror. Y, por ello, a él va dedicada esta humilde obra. Por su persona y porque, a fin de

cuentas, su Fantasma de la Opera, en cieno modo, inspiró mi Monstruo en la Opera. Las obras no se parecen. Pero la inspiración existe. Aunque, desgraciadamente, nunca se pueda captar la grandeza del inspirador. Ni tan siquiera la humanidad de sus personajes.

Monstruo en la Opera es más grand-guignol. Su personaje central, el monstruo en sí, no resulta tan humano como el infortunado Erik, ni mucho menos. El tema no es el mismo.

Quizá, quizá, lo que más me haya sugestionado de la obra de Leroux fuese su ambiente, su raro «clima». Si mi obra obtuvo también el suyo propio, me sentiré satisfecho.

Pero, de todos modos, mi esfuerzo va dedicado a él. De verdad. Con emoción.

Curtis Garland

El fantasma de la Opera ha existido. No fue, como se ha creído siempre, una inspiración de artistas, la superstición de unos directores, la creación de cerebros excitados… Si, él ha existido en carne y hueso, a pesar de reunir todas las apariencias de un auténtico fantasma, de una sombra.

Introducción a
El fantasma de la Opera.
Gaston Leroux.

Primera parte

UN Monstruo Suelto

CAPÍTULO PRIMERO

Dennis Maitland suspiró, cerrando con llave la gaveta de su mesa de trabajo, tras recoger en ella, a duras penas, los papeles dispersos encima del mueble. Luego, contempló, pensativo los folios recién escritos, que habían de pasar a la linotipia del Illustrated Police News (*The Illustrated Police News, subnominado Law Courts and Weekly Record, es decir, Noticias Ilustrados de la Policía y Semanario de los Tribunales, era una típica publicación de la época. Crímenes, sucesos, un estilo tosco y eficaz para un público ávido de sensacionalismo, y muchos dibujos ilustrativos, que suplían a la actual información gráfica. La primera plana, especialmente, era como un sumario, en dibujos de la época, con los sucesos sangrientos y los delitos y dramas de última hora*).

Le resultaba tan detestable como todo lo demás que había escrito hasta entonces, durante su corta vida de reportero del semanario. Pero no podía hacer otra cosa. Y, de haberla hecho, le hubiera sido sistemáticamente rechazada por el redactor-jefe del periódico. El Illustrated Police News era un rotativo especial, y como tal debía seguir apareciendo. Sus incondicionales pedían un tipo de información y un definido estilo en sus textos y dibujos y así había que hacerlo para complacerles. La Prensa «amarilla» inglesa, Como la de cualquier país del mundo, no estaba hecha para alardes literarios ni de estilo.

Leyó Maitland el titular, pensativamente:

«Horribles misterios en la niebla de Londres. Crímenes atroces, impunes».

Sintió deseos de romperlo todo, y tirarlo a la papelera. Era inmundo. Pero era su modo de vida. Su salario. Y, posiblemente, su inevitable prueba de fuego, antes de emprender más altas cotas periodísticas. Si es que eso llegaba alguna vez.

Empezaba a perder los ánimos. Y eso que sólo llevaba un año en

el Illustrated Police News. Su único año de periodista. Entró en la profesión con la mente llena de sueños, ilusiones y ambiciones de honesto profesional. Todo eso había ido quedándose por el camino. A la gente le importaba un pito la honestidad profesional de los periodistas. Ellos querían esto: basura periodística. Titulares de mal gusto, mucha sangre en las típicas ilustraciones de portada del semanario, y los detalles más espeluznantes y ruines de cada crimen.

Resolvió no pensar más en ello. No valía la pena. Debía seguir allí, o abandonar el periodismo. Llegar al *Times*, al *Mail* o al *Globe*, no estaba al alcance de muchos. Y, ciertamente, en absoluto al alcance personal suyo.

De modo que valía más no romper aquella crónica, para evitarse repetirla en parecidos términos, y olvidarse lo antes posible de cuanto había escrito.

Salió de su pequeño despacho, cerrando la puerta vidriera, y se encaminó por el salón, repleto de mecheros de gas con globos rosados, hacia los talleres de composición del semanario.

—Buenas noches, amigo Maitland —saludó la voz.

Se volvió, intrigado. Contempló con cierta envidia al hombre alto, rubio, de azules ojos e inteligente y aguda expresión, que se erguía ante él, en impecable frac, de lazo blanco sobre la brillante pechera inmaculada, una flor en el ojal, y una hermosa dama de su brazo.

No le envidiaba la estatura, ni el elegante frac, ni tan siquiera a su dama. Lo que envidiaba era su personalidad periodística en Londres: Basil Cox, crítico musical del Globe, y autor él mismo de un concierto que se había interpretado días atrás en el Royal Festival Hall.

Basil Cox… Él sí era un periodista importante. Un crítico famoso y temido. Un demoledor creador de mitos o triturador de artistas que no gustaran a su ácida y corrosiva pluma.

—Hola, Cox —saludó con cierta frialdad—. ¿Terminado el trabajo por hoy?

—Al contrario, amigo mío —suspiró el hombre alto, rubio y fornido, sacudiendo la cabeza—. Empieza mi trabajo dentro de poco tiempo. Justo cuando se levante el telón de la Opera.

—¿La Opera?

—Oh, olvidaba, Maitland, que no eres un aficionado al bel canto, ni tan siquiera un entendido en arte. Es de suponer que hay que ser vulgar y no alimentar sensibilidades artísticas, en un periódico como éste. De otro modo, sabrías que hay algo más que sangre y crímenes en las noches de Londres. Esta noche, por ejemplo, se inicia la temporada de ópera. Dentro de una hora, se iniciará el preludio de Las bodas de Fígaro, y el maravilloso Mozart deleitará nuestros oídos con su genio musical. Ah, olvidaba otra cosa, amigo Maitland. Esta dama es *miss* Yvonne Jeffords, cantante y pianista de gran prestigio, que me acompañará en la sesión inaugural de la temporada operística.

—Es un placer, señorita Jeffords —saludó Maitland, con una cortés inclinación, procurando ignorar las humillantes palabras desgranadas acremente por el crítico musical del Globe—. Con una dama como usted a mí lado, estoy convencido de que superaría en afición artística, incluso al grande e inimitable Basil Cox.

La joven no pudo evitar una sonrisa tan amplia que casi fue una verdadera carcajada. Sus ojos pardos brillaron, luminosos, con cierto destello divertido. Era esbelta, pelirroja y de suave piel rosada, con algunas leves pecas salpicando su rostro atractivo y aristocrático. Vestía un suntuoso traje de noche, color azul intenso, de atrevido escote.

—Eso ha estado muy bien —dijo ella, con la risa bailoteando en su voz melodiosa—. Un buen golpe, Basil. Este caballero ha sabido decir un cumplido, y devolverte tus censuras.

—Oh, evidentemente, el ingenio de los reporteros del Illustrated, empieza a hacerse realmente peligroso, para los críticos de otros periódicos. Es evidente que deben leer mis crónicas, para aguzar tanto su habilidad en las réplicas, ¿no, mi querido Maitland?

—Es posible —sonrió el joven periodista—. Dicen que sólo lo malo se aprende…

Lady Jeffords rió nuevamente, de buena gana, pero oprimió el brazo de su pareja, invitándole:

—Vamos, Basil. Dejad de cruzar los aceros, y recuerda que nos esperan nuestros asientos en la Opera…

—Cierto, querida —suspiró el crítico del Globe—. Sólo recordarle, Maitland, que he venido a pedirle a su redactor-jefe una serie de datos sobre la cantante Jeanette Dauphin.

—¿Sobre una cantante… en nuestro periódico? —Se mofó irónicamente Maitland—. Me sorprende usted, querido Cox. Creí que aquí buscaba crímenes y sangre, no hermosas voces operísticas.

—Ambas cosas se compaginan, por desgracia, en este caso. Y usted debería saberlo muy bien, ya que pertenece al periódico que se dedica a cosas así. Este semanario se ocupó ampliamente de Jeanette y de su drama personal, cuando ello sucedió. Es material que preciso para un libro que estoy escribiendo sobre la historia de la Opera de Londres, ¿me comprende?

—Sí. Pero no entiendo lo que puede relacionamos con sus líricos personajes, Cox.

—Me defrauda usted. Maitland. Le creí más vivo y más inteligente. ¿Ya ha olvidado que Jeanette Dauphin murió en la ópera, misteriosamente asesinada, hace de ello algún tiempo?

—Oh, entiendo… —Dennis le miró, pensativo—. De eso hace más de año y medio. Por entonces, yo no era reportero del Police News. Ni siquiera periodista profesional, Cox. Por eso lo había olvidado casi totalmente. Además, ella era conocida por un nombre artístico: El Ruiseñor de Oro.

—Exacto. Ésa era Jeanette Dauphin.

—Puedo recordar las crónicas de entonces: «El Ruiseñor de Oro, brutalmente aniquilado en la dorada jaula de su teatro de la Opera, escenario de sus éxitos…». Algo así, ¿no, Cox?

—Sí —se impacientó él—. Algo así. Ahora veo que lo recuerda. Su redactor-jefe, Russell Scott, me ha dicho que usted me proporcionaría esos datos.

—Dijo bien. Están en mi archivo, aunque no fuera un asunto relatado por mí, ya que entonces, le repito que yo no trabajaba en esto. Un camarada ya retirado, el viejo reportero Jason Hayes, se ocupó de ello ampliamente. Ahora, sólo es un dossier más, amarilleando entre reportajes de la crónica también amarilla del suceso. ¿Lo quiere ahora?

—No, gracias. Volveré mañana. La Opera no espera a los que se demoran. Téngamelo preparado, por favor. Jeanette fue una de las mejores cantantes que pasaron por Londres.

—Y su asesino cumple condena en Dartmoor —suspiró Dennis Maitland—. Ahora lo recuerdo: el apasionado, fanático de la música y de la belleza, que enloqueció de pasión por la bella francesita

rubia. Todo un drama pasional. Creo que hizo vender muchos ejemplares del Police News.

—También los ha vendido El Destripador, ¿no es cierto? —Rió entre dientes Cox, tomando por un brazo a su gentil compañera, para dirigirse con ella hacia la salida de la redacción.

—Cierto —admitió Dennis, frunciendo el ceño—. Eso fue el año pasado, Cox. Y nada más se ha vuelto a saber de él, en lo sucesivo. Tras el otoño sangriento, ha vuelto la calma a Whitechapel y a todo Londres (*Los crímenes de Jack el Destripador, el famoso asesino de Whitechapel, nunca identificado, tuvieron lujar todos ellos en el otoño de 1888. Luego, delitos y culpable dejaron de dar señales de existencia, súbitamente. El Police News dedicó muchos números extra a tan notable criminal, como los demás rotativos de entonces en Gran Bretaña*).

—Para perjuicio de las tiradas de su semanario, ¿no? —dijo, sarcástico, Basil Cox.

—Personalmente, prefiero que se vendan menos ejemplares… y no corra la sangre —fue el seco comentario de Maitland.

—Buenas noches, señor Maitland —se despidió la joven Yvonne Jeffords, con aquella voz suya, melosa y musical—. Ha sido un placer conocerle.

—Igualmente, señorita Jeffords —se inclinó de nuevo Maitland —. Le deseo una feliz velada de ópera… aunque evidentemente, la acidez crítica de su compañero de asiento amargará un poco el dulzor del espectáculo.

Cox enarcó las cejas, estudiando, irónico, a su colega del Police News. Una mueca sardónica curvó los delgados labios del crítico del Globe.

—Mi ácido no creo que pueda, sin embargo, corroer la basura que ustedes me harán digerir mañana, con su dossier del Ruiseñor de Oro y su trágica muerte a manos del apasionado Vernon Stensgaard, que cumple ahora su condena de veinte años, tras jurar tantas veces su inocencia en el crimen…

Y con una fría inclinación, se retiró en compañía de su bella damisela de los cabellos rojos.

Dennis Maitland se quedó pensativo, en medio de la sala. Recordó su crónica del día, y apresuró el paso hacia las linotipias, con expresión irritada. Basil Cox era capaz de enfurecer a cualquiera, con su sola presencia. Destilaba acritud, cuando no

veneno puro. Y lo tenía a gala, además. Había nacido para dañar a la gente con su palabra, hablada o escrita.

Era una lástima que un hombre así disfrutase de compañía tan gentil como la de Yvonne Jeffords, y otras damas de su clase y belleza. Pero el mundo estaba hecho de un modo que no siempre complacía a Dennis Maitland.

Estaba ya cerca de la puerta que conducía al sótano del edificio, donde se hallaban las linotipias y rotativas del Police News, cuando le detuvo una brusca voz a sus espaldas.

—¡Eh, Dennis, espera!

Se volvió. Russell Scott, redactor-jefe del semanario, acudía rápidamente a él, con un despacho telegráfico en su mano. Venía con sus negros cabellos lacios algo despeinados, y un gesto de ansiedad en su rostro enjuto y huesudo.

—¿Qué ocurre ahora, Scott? —Respondió Dennis—. Llevaba esta crónica a linotipias…

—Que espere. Tendrás que escribir otra crónica de última hora, antes de cerrar el número.

—¿Otra? —Se desmoronó la poca firmeza de Maitland—. Cielos, no. Será superior a mis fuerzas, Scott…

—Es preciso que saques fuer/as de flaqueza y te olvides de tus escrúpulos de periodista puro —comentó, con ironía, su jefe—. Es noticia de última hora. Viene caliente, en este despacho telegráfico de un corresponsal nuestro. Vamos, has de comentarla. Precisamente, Basil Cox te habrá refrescado la memoria sobre ello, hace poco.

—¿Cox? —Arrugó el ceño Dennis—. ¿Qué tiene él que ver en esto?

—Él, personalmente, nada. Lo que vino a buscar, si. Se da el hecho de que Vernon Stensgaard, el asesino de Jeanette Dauphin… ha escapado hoy de la prisión de Dartmoor.

* * *

Había sido un éxito.

Todo un éxito. Los aplausos aún resonaban con fuerza en sus oídos. Y no era un simple eco. Pese a haber saludado más de diez veces, la gente seguía en la platea de la Opera, saludando con sus ovaciones calurosas el triunfo absoluto de aquella representación de

Las bodas de Fígaro ante lo mejor de la sociedad londinense.

Shawn Francis se sentía feliz. Muy feliz. Para una cantante inglesa, poco conocida hasta ese momento, triunfar en el primer coliseo de Londres era un verdadero triunfo. Más que eso: el hito fundamental en su futura carrera de cantante.

No había sido ella la protagonista, ciertamente. Sólo la segunda figura del programa. Y aun así, era su mayor victoria profesional. Se había emocionado tanto en su última escena, así como en el saludo final, junto a los divos de la compañía, que ahora seguía saludando en la escena, que las lágrimas habían brotado de sus grandes, inmensos c ingenuos ojos azules. Ahora no sentía ganas de llorar, sino de reír, de abrazar a todo el mundo, de embriagarse, incluso, con el mejor champaña francés que pudiera encontrarse en la noche neblinosa de Londres.

Estaba segura de que aquella velada inaugural, en aquel octubre húmedo y frío de 1889, iba a significar mucho en su vida. Quizá todo.

Con esa idea fija, luminosa y magnifica, entró en su camerino. Se detuvo, jadeante, cerrando la puerta tras sí. Apoyó en ella sus espaldas, entre la risa y el llanto, sintiendo palpitar su corazón con fuerza, bajo el seno joven, fuerte y rotundo, de muchacha desarrollada. Se decía que hacía falta un físico poderoso para ser buena cantante, y, sin duda, tenían razón en ello los críticos.

Los críticos… Eso la hizo recordar algo. Algo emotivo y poco frecuente. Un crítico como Basil Cox, la temible pluma corrosiva del Globo… En pie, aplaudiendo calurosamente, y felicitándola con la mirada y el movimiento de su cabeza, allá en la primera fila de la platea, junto a la famosa cantante y pianista Yvonne Jeffords. Eso significaba mucho. Si un hombre como Cox hablaba bien de ella, al otro día… Londres entero se rendiría a sus pies.

Miró con ojos radiantes toda la amplitud de su camerino. Los trajes y pelucas, alineados en los muros. Los cosméticos y afeites en el tocador, ante el espejo oval, iluminado por los dos brillantes globos de gas.

Y el armario, y los colgadores, y las cortinas, y la otra luz de gas más suave, y los escasos ramos de flores, que quizá irían en aumento desde ahora, a medida que la admiración popular hiciera blanco en ella… Era todo como un sueño. Como un hermoso e

increíble sueño, del que temía despertar en cualquier momento…

Examinó las tarjetas de los envíos de flores, mientras canturreaba entre dientes fragmentos de Mozart, como un tributo a la obra que la hiciera triunfar. Una de ellas era de la propia Yvonne Jeffords. Una buena, excelente compañera. Le deseaba éxito. Y estaba segura de él. La visitaría al final de la representación.

—Dios mío, si eso es cierto… debo darme prisa —murmuró, dejando tarjeta y flores, para ocuparse de soltar los cierres de su traje de época, propio del ambiente de Fígaro y sus bodas, en la ópera de Mozart. La peluca cayó descuidadamente en el tocador. Dejó caer el traje al suelo.

Su cuerpo exuberante se mostró en la intimidad del camerino, entre enaguas crujientes, un corpiño demasiado prieto para sus macizos pechos, y el cabello rubio, recogido en moño bajo la peluca recién arrancada.

Fue al alto armario donde guardaba sus ropas de calle, su bata de seda, su capa de amplio vuelo. Abrió las puertas, para cambiarse con celeridad, antes de que Yvonne y, posiblemente el propio Cox, el crítico temido, hicieran su aparición en el camerino.

Abajo, en la platea, ya no sonaban aplausos. Se escuchaban voces, risas y carreras por los corredores de la ópera, entre abrir y cerrar de puertas de camerinos. El telón final estaba echado, tras la triunfal noche de estreno.

Los desnudos brazos de Shawn Francis, abrieron hueco entre la ropa colgada, con fuerte olor a pieles, a tejidos de lana, y también a naftalina desinfectante. Sus manos buscaron unas ropas, una bata…

En ese preciso instante, oscilaron las luces de gas de su camerino, como si fueran a apagarse.

Y también en ese instante, Shawn Francis, la cantante triunfadora, se enfrentó con el horror.

Su alarido tuvo mucho de espeluznante. Casi era imposible que lo emitiese una garganta humana, aunque ésta perteneciera a una poderosa cantante de ópera. Tal fue el pavor, la angustia y la desesperación reflejados en aquel grito de mujer.

CAPÍTULO II

Yvonne Jeffords se detuvo ante la puerta del camerino.

El alarido había rasgado el bullicio de los corredores del teatro, como si algo horrible quebrase la alegría del éxito colectivo. Muchos rostros sorprendidos se volvieron hacia la puerta cerrada, sobre la que aparecía la tarjeta con el nombre impreso: «*Miss* Shawn Francis».

—Dios mío, ¿qué es eso? —musitó entre sus labios rojos y carnosos la joven y bella cantante y concertista.

Algunas coristas y figurantes se habían parado en seco, sorprendidas como ella misma por el grito de mujer, desgarrador y terrible, surgido de alguna parte.

—Parece que vino de ahí dentro —comentó un tramoyista, perplejo, dejando de tirar de las cuerdas de un telón, hacia las bambalinas del teatro. Y señalaba a la puerta del camerino.

Yvonne asintió, intrigada. Dentro del camerino, el grito se repitió, más ahogado y ronco, como si la garganta que lo emitía perdiera sus fuerzas para ello, pero no el pálpito de horror y angustia de que estaba impregnada aquella voz.

Simultáneamente, los mecheros de gas de todo el escenario, oscilaron de nuevo con más violencia que antes. Luego, se apagaron por completo.

La confusión fue total. Durante la oscuridad y los gritos y voces de aturdimiento, Yvonne estuvo segura de captar un nuevo sonido dentro del camerino. Una voz humana otra vez… pero ahora en un murmullo bronco, como un estertor.

—¡Por favor, una luz! —Gritó Yvonne Jeffords, con gran serenidad—. ¡Una luz, pronto! ¡Hay que ver lo que sucede ahí dentro! ¡Es posible que Shawn Francis sufra un colapso o algo parecido!

Alguien encendió un fósforo. Luego fue un quinqué. Una persona

se aproximó a ella con rapidez. Su paso era firme, y se abrió hueco entre los figurantes y los tramoyistas.

—Soy Vic Thayer, director de escena de la Opera —dijo escuetamente, mirando a Yvonne—. Usted es la señorita Jeffords, lo sé. Vamos a ver qué le sucede a *miss* Francis, pronto.

El quinqué lo empuñaba un tramoyista. El llamado Vic Thayer, hombre alto, broncíneo, de canoso cabello leonino, como un director de orquesta sinfónica, de ojos ambarinos y fría expresión decidida, se lo arrebató, y, con la luz en su mano, prestando una bailoteante, azulada y espectral claridad a su rostro tenso, avanzó hasta la puerta del camerino. La abrió sin dificultades. Shawn Francis no había cenado por dentro.

Penetraron en el camerino. Yvonne lo hizo delante, por simple gentileza mecánica en su masculino acompañante. Fue un error, evidentemente. Y demasiado tarde para corregirlo, los dos recién llegados se enfrentaron al mismo horror, que hiciera gritar de modo delirante a la infortunada Shawn Francis.

Sólo que ellos solamente se encararon a sus consecuencias finales. Y Shawn, por desgracia para ella, había hecho frente a su propio destino.

El cuerpo yacía ante el armario, bañado en sangre. Todo aparecía salpicado de un vivo color escarlata. Incluso las ropas allí colgadas chorreaban un rojo espeso y viscoso, que repugnaba a la vista.

Bajo la cabeza de Shawn, la cantante triunfadora, la muerte había abierto una enorme, desgarradora hendidura que iba de oreja a oreja, y hacía escapar por la garganta femenina, lechosa y tersa, un raudal hemorrágico. Los ojos muy azules, más grandes que nunca, se clavaban, desorbitados, en algo que no podían ver allá en la oscuridad, entre las ropas colgadas, goteantes de sangre. En un muro impenetrable que formaba el fondo mismo del armario.

Pero Yvonne Jeffords, en un fugaz, rápido momento de inverosímil rapidez, creyó ver algo.

Por un instante de vertiginosa celeridad, sus ojos, su mente, su intuición misma, imaginaron captar una visión de pesadilla. Algo abominable c inaudito, algo que su propio cerebro rechazó de inmediato, como inviable.

Y, aun así, lo vio.

Era la faz de un monstruo. Y flotaba en lo imposible. Entre las ropas sangrantes del armario. Clavando precisamente en ella, en Yvonne misma, unos ojos malignos, cuajados de amenazas horripilantes.

Un rostro de pesadilla… salpicado también de sangre. De humana sangre, acaso procedente del cuerpo mismo de la desdichada Shawn Francis.

Yvonne trató de decir algo, de llamar la atención de Vic Thayer hacia aquella forma delirante que sólo ella era capaz de ver. Abrió los labios, emitió un apagado sonido, Thayer se volvió a mirarla, alarmado, dejando de contemplar el cadáver de Shawn… y entonces, Yvonne Jeffords se desvaneció, sin poder hacer nada más por explicar sus terrores al hombre que la acompañaba en el camerino de la muerte.

* * *

—¿De modo que toda la compañía es sospechosa, inspector?

—Toda, señor Thayer. Absolutamente toda, en tanto no aclaremos los hechos. E incluso el personal técnico del teatro: tramoya, empleados, acomodadores… Todo el mundo. Cualquiera pudo haber matado a la señorita Francis.

—Sí, cualquiera, pero ¿por qué, inspector? —se exasperó Vic Thayer, director escénico de la Opera de Londres—. Es un crimen que no tiene sentido alguno…

—Ningún crimen tiene sentido, señor Thayer, en tanto no se encuentra el motivo… y al culpable, naturalmente —confesó bruscamente el hombre de Scotland Yard, encargado de investigar el misterioso suceso. Paseó por el camerino, ante la forma humana, envuelta en una de las propias prendas de ropa de la víctima. La sangre había formado reguero, partiendo de debajo de esas ropas, y deslizándose entre las rendijas de las baldosas del camerino. El armario continuaba abierto, exhibiendo las prendas colgadas allí, con sus manchones oscuros, de sangre seca.

Las únicas salidas del camerino continuaban siendo la puerta al corredor y la ventana cerrada, provista de una reja alambrada, tras el postigo encristalado, de vidrios esmerilados. Y eso era lo que parecía intrigar más a la policía.

—Cuando entraron usted y la señorita Jeffords, ¿insiste en que

todo estaba como ahora se encuentra, señor Thayer? —indagó el inspector, sin mirar al director escénico.

—Sí —el hombre del pelo blanco se peinó éste con sus dedos hacia atrás, en un vano afán de dominar sus leoninas ondas rebeldes—. Así mismo, inspector.

—¿Sin lugar a dudas?

—Sin lugar a dudas.

—Y esa ventana… especialmente esa ventana… ¿seguro que estaba como ahora está, señor Thayer? —insistió el policía, ceñudo.

—Totalmente seguro. Cerrada como ahora está.

—Cielos, entonces, ¿por dónde pudo escapar el asesino? —Se frotó el mentón el policía, perplejo—. Nadie ha visto entrar o salir aquí a persona alguna, salvo a la propia Shawn Francis. Y esa ventana no sólo está cerrada… sino que posee una reja metálica, de alambre cruzado.

—Esa reja pudo ser movida. ¿O no, inspector? —sugirió Thayer.

—Posiblemente —el inspector Harris se encogió de hombros—. Está vieja, sucia, polvorienta y mal ajustada. Puede que la movieran con cuidado, y no se aprecie a simple vista. Pero el postigo en sí se cierra desde dentro. Y ahora está herméticamente ajustada su aldabilla.

—¿No pudo ser accionada desde fuera?

—Difícilmente… a menos que el asesino conociera todo esto muy bien, y supusiera que, alzando la aldabilla al salir, golpeando con fuerza el postigo al cerrar, ya desde fuera, cayese la aldabilla, encajándose.

—¿Eso es factible?

—Factible, sí. Pero no muy probable —confesó el policía—. Hay ausencia de huellas, de roces… Es como si el asesino hubiera estado aquí, esperando a su víctima… y tras cometer el crimen, se hubiera evaporado en, el aire. Es obvio que cuando ustedes entraron, no hacía ni un minuto de la agresión, dado el período de tiempo medido, con el apagón del gas, los gritos captados, la vacilación de la señorita Jeffords, la luz de un fósforo, la aparición de un quinqué, su llegada a escena, señor Thayer, y la decisión final de entrar. Sesenta segundos que pudieron ser cuarenta o cincuenta, pero nunca setenta u ochenta. Muy poco tiempo para un degollamiento tan feroz… y una evasión sin apenas dejar una

huella, por una ventana tan angosta como ésa. Además, asoma a una azotea muy estrecha, y para saltar al edificio vecino hay que salvar un patio de casi doce yardas de anchura. Demasiada distancia para un hombre normal.

—¿Y… para un acróbata? —preguntó, de repente, Vic Thayer.

El inspector Harris, rápido, se volvió hacia él. Enarcó sus cejas.

—¿Por qué preguntó eso, señor Thayer? —indagó bruscamente.

—Porque he recordado algo —resopló el director de escena—. La muerte del Ruiseñor de Oro, hace ya casi dos años…

—Jeanette Dauphin… y su asesino, el apasionado Vernon Stensgaard… —recitó despacio el inspector Harris—. Señor Thayer, ¿usted sabía acaso que Vernon Stensgaard… ha escapado de presidio, precisamente a primera hora de la madrugada anterior?

—No —confesó Thayer, muy pálido, dando un paso atrás—. No lo sabía. Pero resulta terriblemente significativo en este momento, ¿no cree, inspector?

—Tal vez —declaró roncamente Alfred Harris, de Scotland Yard, con tono ambiguo—. Tal vez… Aunque no sabremos mucho más, en tanto la señorita Jeffords no se recupere de su desvanecimiento y *shock* consiguiente… y nos diga qué es lo que vio, aparte el cuerpo de la víctima, y tanto pudo impresionarla, señor Thayer.

* * *

Dennis Maitland contempló con disgusto los dibujos recién hechos. Apartó de sí las cartulinas, dominando difícilmente su náusea.

—Muy efectista —admitió—. Désenlo al grabador, para la edición extra del periódico. Será una primera plana que hará vender muchos ejemplares, de eso no hay duda.

Y evitó contemplar de nuevo aquel alarde de mal gusto, con sangre, el rostro de Shawn Francis, desorbitada la expresión, sangrante el cuello, sobre el fondo de la Opera, la escena de Las bodas de Fígaro, y los dibujos de Vic Thayer, de Yvonne Jeffords y del inspector Harris, como personajes del drama iniciado la noche anterior.

Los titulares preparados por el dibujante, sobre aquellas ilustraciones minuciosas y de pésimo gusto, correspondían al estilo del periódico:

«Horror en la Opera. El espectro del pasado vuelve a la escena. El asesino del Ruiseñor de Oro, huye de prisión. Y de nuevo la sangre y la muerte vuelven a la Opera».

Un retrato detallado de Vernon Stensgaard, el asesino evadido de Dartmoor, completaba la serie de grabados de portada. Dennis respiró con alivio cuando se llevaron la obra hacia el taller de grabación.

—Basura —confesó—. Todo es basura. Lo peor es que la gente gusta de revolcarse en ella.

El inspector Harris le miró, pensativo. Sacudió la cabeza, exhalando unas volutas de humo, tras succionar su pipa lentamente.

—Forma parte de la actualidad, nos guste o no —le objetó calmosamente—. Usted también, en cierto modo, es actualidad.

—¿Yo? —Gruñó Maitland—. ¿Por qué, inspector?

El policía seguía estudiando al joven reportero. Como si la alta, esbelta figura del muchacho, sus oscuros cabellos revueltos y sus grises ojos acerados, pudieran darle alguna explicación de los misterios que él no entendía.

—Porque en la última edición del Police News, aparecida precisamente esta mañana en los puestos de periódicos de Londres, usted publica una crónica de urgencia, haciendo historia de la muerte de Jeanette Dauphin, el proceso a su enamorado, Vernon Stensgaard… y termina expresando sus dudas sobre las culpas de aquel hombre, pese a la condena sufrida… y pese a que ayer mismo escapó de la penitenciaría, y se ignora su actual paradero.

—Mi obligación es ésa, inspector: escribir sobre la actualidad. El telegrama de Dartmoor era actualidad. Preparé a última hora un texto de urgencia, tras echar una ojeada al dossier del Ruiseñor de Oro. Yo no escribí sobre ese caso, pero mi colega, el viejo Jason Hayes, lo hizo mucho y bien. Dejó muchos dalos. Y muchas dudas sobre las culpas de Stensgaard. Yo respeté el espíritu de su trabajo, eso es todo.

—¿Incluso ahora sigue pensando Igual?

—¿Por qué no, inspector? —Indagó Dennis Maitland, apoyándose con cierta indolencia en una columna de la sala de lectura de la redacción del Police News—. ¿Hay algo que altera esa impresión?

—Debería haberlo: un asesinato.

—Ya. ¿El de Shawn Francis?

—Sí. El de Shawn Francis. Significa que el crimen vuelve a la Opera, donde ya otra cantante famosa, Jeanette Dauphin el Ruiseñor de Oro, vio truncada su vida y su carrera por las manos de un feroz asesino enloquecido por una pasión insana: Vernon Stensgaard.

—Inspector, puede optar o un cargo de redactor en el Illustrated —sonrió Dennis—. Su estilo descriptivo encantaría a Russell Scott, mi jefe.

—Déjese de bromas, Maitland. No me gusta lo que está sucediendo. La muerte de esa chica, Shawn Francis, ha sido monstruosa. Un crimen repugnante. Se ensañaron en la forma de segar su cuello.

—¿Se ha hallado el arma homicida?

—No. El asesino se lo llevó evidentemente consigo. Pero no importa demasiado. Imaginamos lo que utilizó: un largo y afilado cuchillo o algo similar.

—¿Por dónde entró y salió el criminal en el camerino?

—No lo sabemos. Es de suponer que salió por una ventana. Pero no hay evidencias del lugar por dónde entró.

Pudo usar esa misma ventana… o la puerta del camerino.

—¿Y… ningún otro acceso posible?

—Ninguno —rechazó gravemente el inspector Alfred Harris—. Ningún otro. De cualquier modo, y como bien dijo Vic Thayer, director de escena de la ópera, sólo un acróbata consumado utilizaría para huir la ventana del camerino.

—Ya. Y Vernon Stensgaard lo es. Además… ha huido precisamente ahora de la Penitenciaría de Dartmoor.

—Eso es. Resulta una teoría harto tentadora, ¿no es cierto?

—Sí. Sólo que… ¿responde a la realidad de los hechos, inspector?

—Eso… no lo sé. Le estoy hablando de cosas que hemos podido averiguar o intuir en los primeros momentos de la investigación. Tenga en cuenta que es el segundo crimen que se comete en la Opera, en el período de dieciocho meses. Y ése es, justamente, el periodo de tiempo entre uno y otro hecho.

—Lo comprendo muy bien, inspector. ¿Qué dice *miss* Yvonne Jeffords de todo ello?

—Oh, ella… —el policía se frotó la mejilla, reflexivo—. Lo cierto es que sufrió un fuerte *shock* ante la escena, gritó algo al señor Thayer… y luego se desvaneció. Como según el médico del teatro, parecía un desmayo serio, preferí enviarla a casa del doctor Mac Carey, que es buen amigo mío, para que fuese allí debidamente atendida. Iré a visitarla más tarde, una vez recuperada, aunque supongo que no tendrá nada nuevo que decimos.

—Ya. ¿Y Basil Cox?

—¿Ese periodista del Globe? Él no llegó hasta más tarde al lugar del hecho. Ya sabe lo que ocurre con esta gente importante del Londres mundano. Le entretuvieron otros críticos y unos cuantos aristócratas que asistían a la representación, antes de que pudiera reunirse con la señorita Jeffords. Cuando llegó arriba, se ocupó Thayer de informarle y de indicarle lo sucedido con su compañera. Entonces ya estábamos nosotros en camino, requeridos por el policía de servicio.

—Muy bien. En ese caso, inspector, supongo que de poco puedo servirle ahora…

—Por el contrario, señor Maitland. Personalmente, al señor Cox no le necesito para nada. Su mundo es el espectáculo y la música. El de usted, el suceso, el crimen. Creo que de la mutua cooperación de la Prensa y de la policía, siempre se obtienen beneficios para todos, especialmente para la sociedad a la cual representamos.

—¿Adónde conduce exactamente todo eso?

—A esto, Maitland: ¿le gustaría ayudarme, a cambio de información de primera mano, siempre que la haya, y siempre que ello sea posible sin faltar a mis obligaciones profesionales?

—No es un mal convenio —sonrió el joven periodista, pensativo —. Pero es de suponer que yo gane en él más que usted. Porque, ¿qué puede hacer un reportero inexperto, de un periódico mal considerado oficialmente, en apoyo del gran Scotland Yard?

—Ahí está lo importante: usted no tiene relación alguna con la Opera, ¿verdad?

—Ninguna, en absoluto —rió Maitland—. Creo que no diferenciaría un aria de Wagner de una obertura de Rossini o de Mozart.

—Supongo que no es para tanto, pero acepto su franqueza. No obstante, lo ocurrido en la Opera le da derecho a meter allí sus

narices, para servir a su periódico. ¿Cierto?

—Muy cierto. Sólo que… la empresa del Teatro de la Opera es muy especial. No creo que les gustara verme deambular por allí a menudo. A ellos, el Police News les debe resultar bastante desagradable. Y ahora, con mucho más motivo.

—Eso tiene arreglo. Si le ponen dificultades, yo puedo allanárselas. Le daré una autorización especial de Scotland Yard para cierta clase de entrevistas y pesquisas periodísticas. No es oficial, pero valdrá para silenciar protestas y allanar problemas. Lo demás, es cosa suya.

—De verdad, inspector, ¿espera que yo saque algo en limpio de ese lío?

—¿Por qué no? —Sonrió beatíficamente el policía.

—Yo más bien replicaría con otra pregunta: ¿por qué sí? Como periodista, soy desconocido. Como persona de fiar, usted no tiene de mí grandes referencias…

—Me fiaré de usted. Su artículo de última hora me ha parecido menos basura de la que leo muchas veces, incluso en el Times. Y en cuanto a lo que espere de usted… en principio va a venir conmigo a una diligencia inmediata.

—¿De veras? ¿A cuál?

—Al interrogatorio de un importante testigo: precisamente, *miss* Yvonne Jeffords.

—¿Yvonne Jeffords? —Maitland se irguió, sorprendido—. ¿Por qué habría de ir yo?

—Muy fácil —suspiró el policía con aire apacible—. Porque *miss* Jeffords, durante su inconsciencia inicial, ha nombrado algunas cosas. Entre ellas, un cadáver ensangrentado, ropas con sangre… un monstruo… y usted.

* * *

—¿Yo?

—Sí, usted —resopló el inspector Harris, quitándose el sombrero negro, bombín sobrio y cuidado que nunca le abandonaba, antes de dar el macferlán negro a la enfermera del doctor Mac Carey, tras bajar del carruaje policial, justamente ante la casa del médico—. Nombró muy claramente a… a Dennis Maitland.

—Diablo, ¿por qué tendría que hacerlo? Apenas sí me conoce…

La enfermera tomó sus prendas de abrigo, que colgó del perchero del recibidor, y les precedió, con afable sonrisa, por un pasillo pulcro, bien alfombrado y empapelado, hasta una puerta blanca, dundo golpeó suavemente, antes de abrir. Otra enfermera les dejó paso, al tiempo que un comentario burlón brotaba, en voz baja, entre los labios del inspector Harris:

—Bueno, usted parece un tipo guapo y atractivo, de los que gustan a las mujeres… Quizá eso tenga algo que ver con el subconsciente de una dama…

No pudo responder nada. Estaban ya ante Yvonne Jeffords en persona. Yacía en un lecho individual, pulcro y cuidado, y por la amplia ventana entraba la luz gris, neblinosa, de la tibia mañana húmeda. Aparecía medio erguida, la cabeza sobre la almohada. Estaba pálida… y les miró con cierto aire de aprensión, al verles aparecer.

Especialmente, sus ojos no revelaron ninguna confianza al clavarse en el rojo bigote y en el ancho rostro pecoso del Inspector Harris. En cambio, una leve sonrisa dulcificó su bonita faz, cuando su mirada parda se cruzó con la gris de Maitland.

—Dennis Maitland, el periodista… —murmuró, con voz apagada —. ¿De dónde sale usted?

—De las rotativas —sonrió Dennis—, el inspector Harris y yo somos… bueno, somos excelentes amigos. Cosas de mi trabajo, claro. Decidí acompañarle en esta visita.

—Entiendo —los ojos pardos de la joven tuvieron un brillo malicioso—. ¿Soy personaje de primera plana?

—Por favor, no diga eso. —Dennis empezaba a entender la malévola astucia del inspector, al llevarle a él allí. Estaba encarrilando la charla por terrenos más amistosos y personales que los puramente policíacos, siempre tan fríos y hostiles—. Nuestra primera plana no es siempre agradable. No, no aparecerá en ella, mientras yo sea reportero del Police News.

—¿Por qué no? Incluso puede que resultara divertido —suspiró ella, entornando los ojos.

—Hay cosas que nunca son divertidas.

Lamentó mostrarse tan serlo y grave en su afirmación. Notó el estremecimiento de la joven. Sus ojos se abrieron de nuevo, mirándole profundamente.

—¿Qué quieren saber? —preguntó, algo seca.

—Personalmente, nada. —Dennis señaló con un movimiento de cabeza al policía—. El inspector me ha dicho que estaba usted anoche en… en el camerino.

—Sí —otra vez aquel estremecimiento. Y una crispación rara y convulsa en los labios, que dominó con rapidez—. Estaba allí. Entré la primera. Tal vez no debí hacerlo. No fue… agradable.

—Lo supongo. No tiene que describir nada. Hemos visto todos lo que usted vio.

—¿Todo?

Dennis enarcó las cejas. Su mirada se cruzó, fugaz, con la del inspector. Éste le reveló en el destello de sus ojos una expresión inteligente y vivaz.

—¿Qué quiso decir con… «todo»? —indagó, inclinándose hacia ella.

—El… el monstruo… —musitó ella roncamente.

Dennis no habló en principio. Captó claramente la palabra, pese al tono apagado de la voz de Yvonne.

El monstruo.

Recordó rápidamente lo que le dijera el inspector Harris, antes de salir de la Redacción del Police News para dirigirse a la residencia del doctor Mac Carey, en Harley Street:

—«… Durante su inconsciencia inicial, ha nombrado ciertas cosas… Entre ellas, un cadáver ensangrentado, ropas con sangre… un monstruo… y usted».

Sin mirar al inspector, captó fácilmente su tensión. Pero el policía no decía nada. Tal vez temía estropearlo todo con su intervención. Dennis parecía un amigo de Yvonne Jeffords, pese a que se conocían sólo de unos minutos, y mostrábase muy capaz de sonsacarla con la mayor naturalidad del mundo.

—Temo no entenderla —suspiró Dennis—. ¿Se ha referido a… a un monstruo?

—Sí. Estaba allí. Delante mío.

—Creo que delante suyo sólo estaba Vic Thayer, director de escena de la Opera… y el cadáver de Shawn Francis, la cantante.

—No. Había alguien más. La sola presencia del cadáver, con ser horrible, no hubiera bastado para hacerme perder el conocimiento, víctima de semejante *shock*, Maitland. Fue… lo otro. Aquel rostro…

—¿Rostro?

—Horrendo. Flotaba entre tas ropas colgadas del armario… —los ojos de ella se cerraron, y la palidez de su cara aumentó de modo ostensible. Su respiración se hizo agitada, y los dedos marfileños, de cuidadas uñas afiladas, se crisparon sobre el embozo, como garras pálidas de un pequeño animalito asustado.

—Cálmese. —Dennis encajó las mandíbulas, tratando de dominar su propia impaciencia—. No hable de ello si la asusta, señorita Jeffords…

—¿Por qué no? Sería inútil tratar de borrar de mi memoria lo que vi tan claramente.

—Pudo equivocarse. Acaso la impresión, un reflejo, una impresión óptica…

—No, no —rechazó ella, categórica—. No soy nada impresionable. Mi terror ha pasado. Sólo me siento angustiada, preocupada. Sé que vi aquella faz monstruosa flotando en la sombra… justo un momento antes de que me hundiera en la oscuridad total.

—La oscuridad fue real. Las luces estaban apagadas, señorita Jeffords. Y el señor Thayer asegura que su quinqué casi se apagó, al tratar de aumentar su llama en forma errónea.

—Aunque no hubiera sido así, me hubiese desmayado.

Era una impresión tras otra. Primero el cadáver, la sangre, salpicándolo todo… Luego… luego aquel horror viviente, mirándome con odio, con feroz malignidad, como amenazándome a mí también…

—Por favor, si ello no le perjudica… trate de recordar. ¿Cómo… cómo era aquel rostro?

—No era humano. Tampoco el de una bestia, aunque aparecía velludo, blanco como el yeso, con ojos desorbitados… Uno parecía colgarle, incluso, fuera de la órbita, sujeto solamente por unos nervios sangrantes… La boca babeaba… y su baba se mezclaba con la sangre que salpicaba su piel, sus cabellos oscuros y revueltos, de hombre o de lobo, no sé… Luego, creo que… que abrió la boca inmunda, de dientes amarillentos y sucios, desiguales y afilados… y mirándome muy fijo… pronunció mi nombre. No sé más. Entonces me desvanecí…

CAPÍTULO III

—Paparruchas, mi querido amigo. ¡Todo paparruchas! Esa pobre joven sufre alucinaciones. La visita a su periódico, la muerte de Shawn Francis… todo eso la hizo ver fantasmas, no hay duda. ¿Cómo iba a haber algo o alguien así en el camerino… y Vic Thayer no lo descubrió?

—Eso es cierto —terció lentamente el director escénico de la Opera de Londres—. Yo nada vi, salvo el cuerpo de la difunta. La ventana parecía cerrada normalmente, y en el armario sólo había trajes colgados, manchados de sangre, eso sí. Arriba había un estante con sombreros. Tal vez las luces y la escena impresionaron a *miss* Yvonne Jeffords, haciéndola ver lo que no había. Puedo asegurarles que permanecí allí todo el tiempo, que afuera estaban todos, tramoyistas y miembros de la compañía esperando… y que la puerta quedó abierta, con lo que algunos asomaron, incluso y aunque les rogué que no se adentraran en el camerino, vieron todo lo que había, sin descubrir la presencia de nadie más.

—Yvonne Jeffords no me parece una ilusa o una imaginativa —observó Dennis secamente.

Basil Cox, que era quien lanzase la primera andanada de escepticismo, clavó sus helados ojos en Dennis Maitland. Su animosidad contra el joven reportero era evidente.

—Todas las mujeres lo son —dijo, desdeñoso—. Además, la Redacción del *Police News* tiene algo de nocivo, puede que eso influyera en su mente, de modo decisivo. Recuerdo que se horrorizó, viendo algunas reproducciones de vuestras primeras páginas, en la sala de Redacción.

—Yo más bien diría que la vecindad de Basil Cox pudo envenenar su ánimo —replicó Maitland acremente—. Pero si hubiera sido así, esa clase de veneno no la hubiera convertido en una imaginativa, sino en una difunta.

—Muy ingenioso —silabeó fríamente el crítico de música—. Puede que utilice algo así en mi libro, cuando hable del periodismo amarillo de nuestra pobre ciudad, en relación con muertes como las de Jeanette Dauphin o Shawn Francis, que ni la policía ni los reporteros especializados saben resolver honestamente, y encubren sus errores echando bazofias encima de las pobres difuntas.

Maitland clavó su mirada glacial en Cox, siempre sibilino, siempre elegante, altivo y como alejado muchas millas del pobre nivel de todos los demás mortales. De buen grado hubiera roto en pedazos la sonrisa insultante de sus labios, pero eso hubiera sido llevar la polémica justo al terreno que le hubiera resultado más grato al insidioso escritor.

—De no estar usted en la sala de butacas, Cox, hablando con el gran mundo londinense, en esos mementos, yo diría que el monstruo que pudo vislumbrar Yvonne Jeffords era su propia imagen —comentó, despectivo, Dennis, incorporándose y dirigiéndose a la salida del despacho de Vic Thayer, como director escénico de la Opera, donde tenía lugar la entrevista—. Lamento ausentarme, señor Thayer, pero esperaba hablar solamente con usted, como testigo de lo sucedido, y no con Basil Cox por añadidura. Hablar de él en mi periódico, posiblemente sería demasiado, incluso para el Police News. A menos que él fuese la víctima… o el asesino. En otro caso, en vez de Prensa amarilla seríamos de un tono bastante más sucio y oscuro. Gracias por todo, señor Thayer. Y usted, Cox… procure no ir por el News. Gustoso le enviaré a su casa el material que precise sobre la muerte de Jeanette Dauphin.

—¿Con bombones envenenados o con un explosivo de relojería? —Sonrió, Irónico, Cox, sin perder su fría compostura habitual.

—Me gustaría hacerlo con ambas cosas a la vez —suspiró Maitland—. Pero estoy seguro de que todo fracasaría con usted…

Y cerró de golpe la puerta, al salir.

* * *

—La policía invade las calles de Londres —señaló, pensativo, Russell Scott, golpeando la flamante edición extra del Police News con su inefable portada de dibujos sensacionalistas—, y otros muchos agentes recorren la zona de Londres y sus cercanías, para

tratar de dar caza a Vernon Stensgaard, por si se aproxima a la capital.

—Suponiendo que no lo haya hecho ya, ¿no, Scott? —comentó Maitland, ceñudo.

—Exacto. Si entró en Londres antes del asesinato, pudo ser él la persona responsable.

—Y si no lo fue, el problema será para el pobre diablo demostrar su inocencia —señaló acremente el joven reportero.

Scott miró con cierta sorpresa a su redactor.

—¿Cree en la inocencia de Stensgaard? —Quiso saber.

—No creo en nada. Pero tuvo que darse mucha prisa en venir desde Dartmoor, en pocas horas… y elegir otra víctima. Además… ¿por qué a Shawn Francis?

—Cómo pudo ser cualquier otra. Recuerde la historia pasional de Jeanette Dauphin el Ruiseñor de Oro. Dennis.

—Oh, eso era diferente. Había pasión por medio. Celos, demencia criminal y cuanto se le quiera aplicar. Fue un crimen horrendo, pero tenía un motivo, por anormal y monstruoso que fuese. Sin embargo, ahora…

—Sin embargo, ahora, yo sí veo un motivo que señale a Stensgaard otra vez, Dennis —fue la sorprendente réplica de Scott.

—¿Cuál, jefe? —Quiso saber Dennis Maitland, volviéndose hacia él.

—La venganza.

—¿Venganza? ¿En quién? ¿Por qué?

—Recuerde los detalles de entonces: Jeanette, su belleza… y el gran amor enfermizo de Stensgaard por ella. Jeanette, gran cantante de la Opera, le rechazó. Y el infortunado individuo enloqueció, asesinando a la amada, antes de que fuese de otro hombre o de su propio público.

—Él negó siempre ese crimen, ¿no es cierto?

—Oh, sí. Los criminales siempre niegan. Pero le hallaron con un arma blanca, ante el cadáver de Jeanette.

El arma goteaba sangre, y ella había sido degollada. Eso sucedía en el callejón posterior del teatro, tras un éxito de la muchacha, el último de su carrera. Todo cuanto alegó era inútil. Y él lo sabía.

—Sí, lo he leído en el reportaje de Jason Hayes —admitió Maitland—. Fue juzgado y condenado a morir en la horca. El

indulto real salvó su cuello, pero le envió a Dartmoor. Y ahora, está libre…

—Exacto. Está libre. Y otra cantante ha sido asesinada de igual modo que lo fue Jeanette Dauphin. El criminal, posiblemente, ahora quiera resarcirse de la condena sufrida. Y está decidido a matar. No sólo a Shawn Francis… sitio a otras más.

Dennis Maitland no dijo nada, de momento. Paseó la mesa de su jefe de Redacción, y tras un largo silencio, aventuró un comentario:

—¿Espera que haya más víctimas en el futuro, si Vernon Stensgaard no es capturado previamente?

—Sí. Eso espero. Dennis.

Otro silencio. El paseo de Maitland prosiguió. Luego, tras una pausa, la voz de él sonó brusca:

—¿Y el monstruo, jefe?

—¿El… qué? —Pestañeó Scott, mirándole sorprendido.

—El monstruo. Yvonne Jeffords asegura haber visto uno.

—¿Y no era Basil Cox? —Rió de buena gana el jefe de Redacción del Police News.

—Hablo en serio, Scott. Ella asegura haber visto un rostro horripilante, digno de una pesadilla.

—¿Dónde?

—En el camerino de Shawn Francis.

—¿No lo vio Vic Thayer?

—No, él, no.

—Entonces… la cosa resulta harto dudosa.

—Pues… sí. Pero ella no me parece una mujer impresionable, ni siquiera ante un cadáver ensangrentado.

Me pregunto si ese monstruo existió, esa noche, en la Opera.

—Descríbamelo, y lo podemos dibujar en primera plana de un próximo número extra —sugirió vivamente Russell Scott, pensando siempre como editor—. Podría tener éxito.

—No, no. Es evidente que tendría éxito, y hasta doblaríamos la lirada. Pero si resultase falso el testimonio o no se pudiera probar, no le extrañe que quemaran el periódico, con todos nosotros dentro, jefe. Ese monstruo resultaría… demasiado terrorífico, incluso para una portada del *Police News*…

* * *

A pesar de todo, se había publicado.

Estaba en primera página del *Illustrated Police News*, en su segunda edición extra. A falta de la descripción, que Maitland se había negado a proporcionar, figuraba un dibujo espeluznante: un cadáver femenino ensangrentado, al pie de un armario. Ante él, la silueta de un hombre. —Vic Thayer—, quinqué en mano, dando una luz fantástica a la escena. Y como flotando sobre el cadáver, entre una rara neblina que el dibujante había creado absurdamente, un rostro en sombras, del que sólo eran visibles unos destellos en el lugar de sus ojos.

Debajo, la pregunta trazada por la desigual letra del dibujante, rezaba:

«¿Existió realmente un monstruo asesino en la trágica noche de la Opera?».

Debajo, una silueta de mujer sin rostro, servía de marco a otro titular:

«Una testigo afirma haber visto a un ser de pesadilla. ¿Alucinación o realidad, en el horrendo crimen del Teatro de la Opera?».

—Detestable —se quejó amargamente Vic Thayer, tirando el periódico, arrugado, a una papelera inmediatamente—. Deberían prohibir que se publicaran cosas así.

—Es el estilo habitual del *Police News* —le recordó secamente un hombre alto, vestido de frac, bajo su impecable macferlán negro—. ¿Acaso lo ha olvidado, Thayer? (*Cierto. Ése era, tradicionalmente el estilo de la vieja publicación Inglesa. Su portada se dividía en una especie de recuadros o viñetas, con titulares e ilustraciones como las citadas en el relato*)

—No, no es fácil olvidar esas cosas —se quejó el director escénico de la Opera—. Pero molesta verlo ante los ojos, señor Kelljan.

Ronald Kelljan, empresario de la Opera, y uno de los hombres de mayor fortuna de Londres, paseó con lentitud, agitando su negro bastón de empuñadura de plata, mientras parecía meditar sobre cuestiones mucho más importantes que un simple periodicucho semanal, dedicado a los sucesos.

Se detuvo ante el gran ventanal asomado a las turbias aguas del Támesis. La tarde, brumosa, pero no en exceso, permitía descubrir

las gabarras en los embarcaderos, y los grises perfiles de la orilla opuesta del río.

—Supongo que todo esto no va a cambiar el programa de la temporada, Thayer —dijo, al fin, con frialdad.

El hombre de cabellos canosos y revueltos, contempló las anchas espaldas de las que pendía la negra capa de amplio vuelo, y la cabeza de cabellera escasa, bien cuidada y salpicada de leves canas. El sombrero de copa alta y reflejos de peluche, colgaba de un perchero, no lejos de él.

—Supongo que no, señor Kelljan —murmuró Thayer, humedeciendo sus labios. Consultó unas hojas escritas que tenía ante sí—. El próximo espectáculo es el de pasado mañana, precisamente. Tenía que cantar Shawn Francis de nuevo. Me pregunto si será mejor aplazarlo, suspenderlo provisionalmente o…

—¿O qué, Thayer? —Fue la helada pregunta del rico Kelljan, sin volverse.

—O buscar una suplente para Shawn.

—Búsquela. Y pronto. Alguien que tenga ya hecha la obra. Supongo que habrá alguna de categoría adecuada…

—No es fácil hallarlas, pero si acepta Sonya Robinson, creo que la representación de El Buque Fantasma podrá ser factible, señor Kelljan.

—Sonya Robinson… Sí, es una buena cantante para segundos papeles como los que Shawn representaba. Yo había pensado en Corinne, por si acaso…

—¿Corinne
D'Andrea
? —Vic Thayer agitó negativamente su cabeza, con énfasis—. No, sería demasiado para ella. Wagner pesa mucho. Puedo darle la partitura de la siguiente obra para que vaya estudiándola, y ensayando poco a poco… Corinne puede servimos en ese caso, no hay duda. Es una obra más ligera, y creo que le conoce bien, por haber representado papeles secundarios…

—Está bien. Dele esa partitura a Corinne —habló bruscamente el empresario—. Esa chica tiene cualidades, a mí juicio. Me gustaría poder ayudarla en su promoción futura. Thayer.

—Sí, señor —una maliciosa sonrisa flotó en los labios del director—. Me ocuparé de eso. Mientras tanto, Sonya será avisada

para que ensaye su papel… Espero que todo se resuelva, y la temporada no sufra alteraciones.

—No debe sufrirlas —dijo fríamente Ronald Kelljan—. La ópera es un espectáculo. Y el espectáculo debe siempre continuar, ocurra lo que ocurra. Y caiga quien caiga. ¿Está eso claro, Thayer?

—Muy claro, señor Kelljan. Por mi parte, todo seguirá igual. Son las mujeres quienes pueden fallarme. Después de todo… ellas son las que tienen miedo. Especialmente, contando ya una víctima reciente entre las de su sexo… y otra muy anterior.

—Sé lo que el sensacionalismo puede provocar en ellas de temor y de inquietud. Esos periódicos tienen la culpa. No creo que Stensgaard tenga nada que ver en la muerte de Shawn.

—¿No, señor? —Se sorprendió Thayer—. ¿Quién, entonces? ¿Ese «monstruo» que citan los periódicos, basándose en una simple alucinación de la señorita Jeffords?

—No lo sé. Pudo ser un loco o un criminal. Pero es estúpido imaginar una cadena de crímenes por una misma mano —sentenció duramente Kelljan—. Además… eso perjudicaría a la ópera. No quiero que se mencione más esa posibilidad. Avise a la Robinson. Y dele la partitura a Corinne. Es todo, por el momento, Thayer. No abandone los ensayos.

—No, señor —suspiró el director de escena—. La ópera sigue…

Y su comentario tenía algo de amargo, que hizo que los ojos negros y fríos del alto y elegante caballero Kelljan, se clavaran en él con evidente disgusto, antes de salir, cerrando la puerta tras sí.

* * *

Lo había logrado.

Corinne estaba segura de que estaba en el buen camino. En el mejor. Era difícil luchar por salir del anonimato en el teatro. Especialmente, en el canto, en la ópera. Y, sobre todo, en un gran teatro como aquél. Cantar pequeñas partes insignificantes, y agostarse entre coro y figurantes, parecía ser el eterno destino de las jóvenes con ambiciones y buena voz. Pero si a todo eso se unía una bonita figura, pocos escrúpulos y mucha picardía, todo era posible.

Incluso salir del anonimato… y lograr interesar a una persona importante, como Ronald Kelljan, el gran empresario. Eso es lo que acababa de conseguir.

Lo había advertido claramente, cuando, con voz algo hostil, como si hiciera aquello de mala gana, el propio Thayer le había dicho, llamándola a su despacho:

—Señorita D'Andrea, ésta es la partitura de Don Juan. Es un buen papel, el segundo de la obra. Sólo espero que resulte bien, y no tenga que arrepentirme de esta decisión. El propio señor Kelljan aprueba la elección. No nos haga quedar mal a ambos.

Y le había entregado el papel soñado.

No era el principal de la obra, por supuesto. Aún no había llegado el momento de ser una prima dorna. Todo se andaría. Era suficiente esto: un personaje importante. El principio de lo mejor.

—Gracias, señor Thayer —habla dicho, emocionada, abrazando contra si aquel manojo de papeles pautados—. Esté seguro de una cosa: no les defraudaré a ninguno. Palabra…

Ya estaba en marcha. El sueño de su vida. El futuro gran triunfo. El ensayo de aquel día, con un papelito trivial para El Buque Fantasma, le había salido quizá demasiado nervioso, harto desigual. Thayer parecía haber comprendido su estado de ánimo, y no forzó demasiado las cosas. Ni siquiera la reprendió.

Luego, había subido a su camerino. Había cantado algunas estrofas de la nueva partitura, realmente feliz. Por fin, al observar lo tarde que se hacía, dejó de ensayar a solas. Recogió los papeles pautados, los guardó en su amplio bolso, y se encaminó a la salida.

El teatro aparecía ya medio en sombras. Algunos tramoyistas preparaban en el escenario unas piezas para la obra wagneriana, y probar unas escotillas especiales.

Dejó atrás todo eso, y también la vacía platea. Salió al vestíbulo, lo rodeó por el corredor semicircular lateral, y alcanzó la salida del escenario.

Asomó a ella. Se sintió un poco aprensiva.

La noche había caído pronto. Demasiado pronto, incluso. La niebla tenía la culpa. Era muy profunda, esta tarde. En la lejanía, flotaban luces de gas en las calles. Sobre ella, un mechero del mismo combustible, dentro de un globo rojo, marcaba el acceso al escenario.

Miró el suelo, negro de tanta humedad, y charolado por la

misma. Era resbaladizo bajo sus zapatos puntiagudos, de fino tacón. Miró en derredor, temiendo la posibilidad de caminar en la bruma…

El frío pegajoso del húmedo anochecer le caló hasta los huesos. Posiblemente fue el que provocó su leve escalofrío.

Dio un paso adelante, decidida a arrostrar la oscuridad, la niebla y el húmedo frío. Era una muchacha audaz. Ni siquiera pasó por su mente el recuerdo del asesinato reciente. Además, éste había tenido lugar dentro del Teatro de la Opera. Si es que llegó a pensar en ello, lo hizo subconscientemente, y no reparó en ello.

Solamente dio dos pasos. Inmediatamente frenó en seco, con la sensación extraña de que alguien la miraba. Alzó la cabeza, aprensiva.

—¿Coche de alquiler, señorita? —preguntó la voz.

Respiró con alivio. Era mucho más de lo que había esperado. Y estaba allí, ante ella. Un fiacre oscuro, recortándose en la niebla, invitador y amistoso, con sus dos caballos de tiro. La silueta del cochero, en el pescante, con su látigo y su alto sombrero de chimenea era, después de todo, una presencia humana y, por ello, confortante.

—Sí, gracias —se apresuró a responder—. ¿Puede llevarme hasta Kensington? Vivo allí… —Puedo llevarla adónde guste, señorita— respondió la voz tranquila del cochero. —Suba, por favor.

Subió al carruaje. Éste emprendió la marcha. Trotaron los caballos con alegre tintineo de cascos en el empedrado. Se alejaron. La Opera y sus luces quedó atrás.

Corinne
D’Andrea
, acomodada dentro del carruaje negro, con olor a tapizado y a hule, se acomodó confortablemente, exhalando un gemido de complacencia. Era agradable sentirse bajo el techo de un vehículo, mientras afuera caía la niebla como una masa de humo pegajoso, deslizando humedad contra la piel, empapando cabellos y ropas, como si fuese una invisible lluvia mezclada en lo gris, y suspendida constantemente sobre cada ciudadano londinense.

Solamente le era visible el farol amarillento del fiacre de alquiler, así como el vaho adherido a las portezuelas y a la ventanilla alta que servía de única comunicación entre el interior

del carruaje y el cochero, para las posibles indicaciones del viajero a su conductor.

El rodar de las altas ruedas, sobre el empedrado húmedo, se mezclaba con el suave y rítmico trote de las patas herradas de los caballos. La marcha era buena y regular. El desfile de borrosas luces, a través de las ventanillas, constante y difuso. Era muy escasa la iluminación callejera en los tiempos Victorianos, desgraciadamente para el ciudadano. Por cosas así, Londres había conocido épocas de terror, como el otoño del pasado año. Cuando Whitechapel se estremeciera con la presencia de alguien llamado Jack, el Destripador.

Sacudió Corinne la cabeza. No debía pensar en cosas así. Era una fea noche, ciertamente. Pero rodaba hacia Kensington, dentro de un carruaje, y que ella supiera, nadie había sido asaltado dentro de un vehículo de alquiler, quizá porque la presencia de un cochero y la marcha del propio vehículo cerrado, resultaban dificultades insalvables para posibles asaltantes nocturnos.

Sin saber por qué, la aprensión inicial que la asaltara al salir del teatro, volvió a ella, de repente. Miró en derredor, al compartimento vacío, que ella sola ocupaba cómodamente. Era ridículo sentir allí preocupación alguna.

Sin embargo… la sentía. Y cada vez mayor.

Volvió a mirar distraídamente la ventanilla, con el simple afán de distraer su imaginación. No es que la visión fuese demasiado variada ni clara, pero podía ayudarla a evadirse de preocupaciones absurdas.

Era raro.

Pestañeó, tratando de ver mejor. No logró nada. Veía lo mismo que un momento antes le pareciera sorprendente y extraño.

No había luces. Ninguna luz en la niebla. Sólo el parpadeo amarillo de la luz del farol, en lo alto del fiacre.

—No lo entiendo… —musitó—. Cada vez más hacia el centro de la ciudad, hacia Kensington, tendría que haber más luces… Es lo que ocurre siempre.

Sólo descubría el sucio gris oscuro de la niebla, adherida a los vidrios como garras viscosas y gigantescas que borraran toda otra posible imagen. Y el bailoteo lúgubre del farol, a un lado del pescante…

—¡Eh, cochero! —llamó vivamente, irguiéndose en el asiento.

—¿Sí, señorita? —Le llegó su voz, pero no siguió viendo del mismo otra cosa que la silueta oscura de su cuerpo, iluminada débilmente por el farol. No inclinó la cabeza por el hueco para mirarla.

—¿Por dónde caminamos ahora? No veo luces…

—He seguido un atajo —le dijeron—. De todos modos, ha debido ocurrir algo con el gas, en esta zona. No se ven farolas. De todos modos, no se preocupe. Conozco el camino, aún con la iluminación callejera apagada. No nos perderemos, seguro.

Y terminó sus palabras con una risa sibilante.

Corinne se echó atrás en el asiento. Hubiera querido sentirse tranquilizada con la razonable explicación del cochero. Un corte en el suministro de gas, a determinada zona de la ciudad, no era cosa insólita. Pero precisamente aquella noche, en que se empezaba a sentir particularmente inquieta…

—No me gusta —musitó—. Sigue sin gustarme.

Y continuó sin ver luces. Es más: el rodar del carruaje era más lento. Y parecía producirse sobre un suelo mal empedrado… en una forma rara, que no entendía. El carruaje daba demasiadas vueltas. Era eso.

No se imaginó transitar por un sitio con tantos rodeos y recovecos como para dar vueltas tan frecuentemente que, apenas recorridas veinte o treinta yardas, notaba las evoluciones del carruaje, girando a un lado u otro.

—¡Cochero! —llamó rotundamente, decidida por fin a hacer algo, y golpeando con sus puños firmemente en el muro de separación entre la cabina y el pescante.

—¿Sí, señorita? —Sonó, paciente, la voz—. ¿Alguna otra cosa?

—Sí. Deténgase, por favor.

—¿Detenerme? Esto está oscuro, señorita, y no será, quizá, lugar apropiado para…

—Deténgase —insistió secamente—. Voy a bajarme.

—¿De veras? No estamos aún en Kensington, se lo aseguro.

—No importa. Pare el carruaje. Me marcho a pie.

—Como guste, señorita —dijo la voz, con una breve risa—. Es su decisión, después de todo. Y usted es mi viajera…

El carruaje fue reduciendo la marcha. Sus posibles temores de

ser llevada a algún sitio que no fuera el fijado, empezaron a disiparse. En el fondo, se llamó estúpida y medrosa. Iba a ser peor ahora, recorriendo un rector sin luz, sola y por su propio pie, sin compañía de nadie. Pero estaba decidida. Ya no cabía volverse atrás, o el cochero terminaría enfurecido, con toda la razón.

Corinne
D'Andrea
, la joven cantante de conjunto o partiquina de poca monta en el Teatro de la Opera, en su primera noche de ilusionada confianza en el futuro y en su carrera, abrió, decidida, la portezuela. Pisó el estribo, y bajó al empedrado suelo, negro y resbaladizo como el lomo de un reptil.

—¿Qué le debo, cochero? —preguntó, abriendo su monedero para pagarle la carrera hasta allí.

—No tiene que pagarme nada, señorita —respondió la voz—. Después de todo, no ha llegado aún a su destino…

Sorprendida por tanta generosidad alzó la cabeza, mirando hacia el pescante. La luz del farol sólo le reveló el bulto del cochero, acomodado en el pescante. Miró en derredor, curiosa, tratando de poner en claro dónde se hallaba.

La luz era débil. Pero aquel farol del fiacre negro bastó para que viera algo insólito y que no tenía explicación.

¡Se hallaba en medio de un amplio patio, cerrado por altas tapias en tres de sus lados, y por un sólido edificio en sombras por el último de ellos!

—¿Qué significa…? —exclamó, alarmada—. ¿Qué lugar es éste? ¿Qué hacemos aquí?

Miraba las esquinas del patio, distantes cosa de treinta yardas entre si… ¡Justamente la distancia que recorría el carruaje antes de cada evolución!

Habían estado dando vueltas durante tiempo y tiempo, en torno a un mismo sitio, dentro de aquel sombrío recinto.

—Le exijo una explicación —pidió con voz quebrada, tratando de mostrarse firme—. ¿Qué es todo esto? ¿Qué hacemos en este patio, y por qué me ha traído a él? ¡Responda, cochero, o me obligará a denunciarle a la policía!

—¿La policía? ¿De veras iría usted a ella, señorita
D'Andrea

?

Ahogó un gemido, al sentirse llamada por su nombre. El cochero se inclinó hacia ella ahora… y la luz del farol iluminó su rostro de lleno, súbitamente.

Bajo el alto sombrero de chimenea, negro como el macferlán del conductor, se mostró, al fin, la cara del hombre del pescante.

Un grito terrible, estremecedor, escapó de los labios de Corinne. Sus ojos, horrorizados e incrédulos, se enfrentaron a la más espantosa máscara de fealdad y de malignidad jamás imaginada en un ser viviente…

Una risa demoniaca, que tenía poco de humana, se mezcló con el alarido de Corinne
D'Andrea
.

Luego, mientras ella teñía conciencia súbita de que aquel solitario y tétrico lugar no era sino el patio posterior del Gran Teatro de la Opera de Londres… el monstruoso ser saltó del pescante.

Corinne trató de huir. Tropezó en el empedrado, resbaló sobre su húmeda superficie y cayó al suelo, realmente despavorida. El espantoso cochero vino hacia ella…

Foco más tarde, una centelleante hoja de acero penetraba en la carne palpitante de un cuerpo de mujer, cortando y mutilando, en un despiadado, feroz ataque, propio de un brutal carnicero que sacrificase seres humanos, en vez de reses…

El tercer grito que escapó de labios de Corinne
D'Andrea
, era el grito escalofriante que expresaba horror, agonía, muerte cierta…

CAPÍTULO IV

—Un carnicero, sí. Solamente un matarife haría algo semejante sobre un cuerpo vivo. Así de preciso, de horrible y de mortífero ha sido su modo de clavar el acero en esa pobre criatura.

El inspector Alfred Harris no habló más. Hundidas las manos en los bolsillos de su negra prenda de abrigo, Pálido, y fumando en silencio, paseó en torno al cuerpo que yacía en medio del gran patio trasero del Teatro de la Opera, y bajo cuya manta se deslizaban los regueros de sangre copiosamente, dibujando formas grotescas, en rojo oscuro, entre las piedras del pavimento.

Alrededor del lugar, iluminado ahora por lámparas de la policía y otras proporcionadas por la dirección del teatro, deambulaban policemen taciturnos e inmutables, que no podían esconder su profunda impresión ante el hecho sanguinario y feroz.

Más allá, algunos curiosos, en la calle, pretendían asomar a la amplia puerta de entrada al patio, protegida por tres agentes de uniforme. Estaban presentes, despeinados, sombríos y con expresión demudada, el director de escena Vic Thayer y el empresario de la Opera, Ronald Kelljan. Ninguno de ellos parecía con fuerzas para despegar siquiera los labios.

De súbito, el inspector se volvió a sus hombres, y pidió con voz brusca:

—Vamos, ¿dónde están esos dos testigos? Quiero hablar con ellos ahora.

—Aquí, señor —informó un policeman—. Ellos… ellos prefieren no acercarse al cadáver. No podrían soportarlo, según dicen.

—Sí, les creo. Está bien, ya voy yo —suspiró hondo, dio media vuelta, y caminó hasta cerca del portón.

Allí, junto a dos agentes suyos, un hombre y una mujer esperaban, con sus rastros blancos como el papel. El individuo vestía pobremente, y se cubría con una gorra raída. Era evidente

que pertenecía a una baja condición social. La mujer, aunque vestida con cierta riqueza llamativa, no era mucho mejor que él. Harris supo inmediatamente que era una profesional de la noche, deambulando por las callejas de Londres. Lo acusaba su ordinariez, el exceso de maquillaje sobre el rostro algo ajado, el tinte de sus cabellos, y lo amplio y llamativo de su profundo descote, abierto, sobre unos senos opulentos, aunque algo fláccidos.

—¿Su nombre, señora? —preguntó, con toda cortesía, Harris a la mujer.

—Betsy —dijo ella, pestañeando ante el insólito modo de ser llamada por un jefe de Scotland Yard. Incluso se irguió, pavoneándose un poco—. Betsy Kane, señor policía.

—Inspector Harris —informó él, escueto—. Bien, señora Kane, ¿qué es lo que he visto? Cuéntemelo, se lo ruego.

La había llevado aparte, donde el hombre no pudiera oír sus palabras claramente, tomándola del brazo con toda suavidad. Ella le miró, casi coqueteando.

—Se lo dije ya a uno de sus hombres, inspector.

—No importa. Prefiero oírlo de sus labios. Por favor, señora Kane. No la molestaré mucho. Podrá volver a… a su casa enseguida. Ya prestará declaración oficial más adelante, si es preciso.

—Bueno, pues… iba casualmente de paso frente a esa tapia —señaló la del portón—. Las calles están muy solitarias y oscuras en noches así, y caminaba deprisa. Para llegar pronto a casa, inspector, ya comprenderá. Iba sola, no había carruajes de alquiler y…

—Sí, claro, claro —contemporizó Harris, con una leve sonrisa—. Siga, por favor.

—Entonces vi abrirse el portón y salir el carruaje: Me alegró la idea de poder tomar uno hasta mi casa, y le llamé, justo cuando pasaba junto a una farola. El cochero se volvió en ese instante hacia mí y… ¡Oh, inspector, es horrible! —Había palidecido de repente, respiraba con agitación, y Harris observó que sus ajados pechos palpitaban de modo acentuado.

—Serénese, por favor. Ya no va a sucederle nada —la trató dulcemente el inspector—. Dígame solamente lo que vio. El coche, ¿qué clase de carruaje era?

—Un fiacre. Negro. De alquiler, seguro. Llevaba un farol en el pescante… Pero fue la claridad de la farola callejera la que me

mostró aquella cara espantosa… Dios mío, inspector, puede llamarme usted mentirosa, pero era un monstruo, no un ser humano.

—Un monstruo. —Harris recordó algo. Se mordió el labio, antes de añadir—: Termine, señora. ¿Cómo lo describiría usted?

—No… no puedo hacerlo sin sentir terror… No era humano. No podía serlo. Aquellos ojos saliendo de sus órbitas… Uno parecía colgar fuera, incluso… La sangre corriendo por su cara y sus manos, como embadurnándole… La boca abierta, riendo… ¡Riendo, si, inspector! Y los dientes afilados, amarillentos, como una sucia sierra… Tenía pelo… —tembló—. Pelo por todas partes: la cabeza enorme, las manos grandes, deformes, la frente, las mejillas… Mitad bestia y mitad hombre, parecía. Pero era peor que el peor de cualquiera de ellos… Le Juro que no he bebido nada esta noche, inspector. No vi alucinaciones…

—Está bien, señora Kane. Nadie le ha dicho tal cosa —habló severamente Alfred Harris—. Le creo. Palabra que la creo. Bien, si es todo… puede irse ya.

—Todo, inspector. Creí desmayar. El monstruo soltó una carcajada inhumana, y azuzó a los caballos, en vez de parar. Se perdió en la niebla. Claro que yo nunca hubiera subido a semejante vehículo…

—Lo supongo, señora.

—Fue entonces cuando… cuando ese hombre apareció en la calle. Me quise alejar de él, asustada, pero observé que contemplaba con horror el carruaje, y comprendí que también lo había visto. Así era. Nos juntamos los dos, amedrentados, y él me contó que…

—Es suficiente, señora. Lo que él viese, prefiero oírlo de su propia voz. Ahora, Uno de mis agentes la llevará hasta su domicilio, escoltándola. No es conveniente que esta noche deambule sola por ahí. Hasta ahora, todas las víctimas que aparecen en este teatro o sus alrededores, son mujeres. Y por una noche, basta con un cadáver, créame.

Impresionada, la mujer asintió aceptando la escolta policial. Harris llamó al otro testigo. Resultó ser un tal Mike Donovan, empleado de los mercados de Blackfriars. Esa noche no tenía trabajo, y había ido a tomar unas copas a una cantina. Al regreso, tropezó con aquel carruaje y… vio algo muy parecido a lo que

refería la mujer de la calle. Betsy Kane.

La descripción del monstruo coincidía casi exactamente con la hecha por la mujer.

Y, por tanto, con la que ya conocía Harris con anterioridad: la de Yvonne Jeffords, que poca gente había tomado en serio.

* * *

—¿De modo que ahora sí me creen?

La pregunta de Yvonne tenía cierta nota de amargura. Dennis Maitland la miró fijamente, negando con la cabeza.

—Yo la había creído ya antes, señorita Jeffords —informó—. Creo que fue el único —suspiró ella—. Gracias, Maitland. Usted, cuando menos, tiene imaginación. Y buen criterio. No todos los periodistas pueden decir lo mismo.

—Touche —se quejó amargamente Basil Cox, con un gesto afectado—. Cuando la estocada viene de una dama, hiere más a fondo. Y mi guardia no es sólida. Tal vez deba pedir disculpas. Y felicitar, incluso, a un reportero de Prensa «amarilla».

—No puede esperarse tanto de usted, Cox —rió entre dientes Maitland—. Pero debió comprender, como yo, que la señorita Jeffords dista mucho de ser una histérica o una visionaria.

—Pero la existencia del monstruo en plena calle, puede tener su lógica —alegó fríamente Cox—. Escapó con un carruaje, todos lo sabemos. Dígame, sin embargo: ¿por dónde escapó de un camerino cerrado, donde había un hombre, Vic Thayer, que no vio nada ni a nadie?

—Eso forma parte del misterio que rodea todo esto —murmuró Maitland sombríamente—. No soy un policía para poner en claro ciertas cosas. Pero imagino que todo tendrá su explicación alguna vez.

—No esté tan seguro, colega —y dijo esta última palabra con retintín—. Los archivos de Scotland Yard están llenos de casos sin resolver.

—Lo sé. Pero hemos de confiar en que no ocurra así, Cox. El inspector Harris me parece un hombre inteligente, metódico y razonador, Llegará al fondo del asunto, estoy seguro.

—¿El asunto? —Cox tuvo un gesto desdeñoso—. Para mí es un caso particularmente vulgar y desagradable. Mujeres degolladas o

acuchilladas brutalmente, mucha sangre… y ningún motivo aparente, a menos que el evadido de Dartmoor haya decidido, en venganza por su condena, dejar la Opera sin una sola cantante joven y atractiva. Lo cual, mi querida Yvonne, es todo un mal síntoma para ti. Si deseabas realmente dar un recital en ese teatro, será mejor que lo dejes para otra época mejor. Ahora, no resulta aconsejable visitar la Opera, siendo tan atractiva como tú… y siendo cantante, por supuesto.

—Que yo sepa, Vernon Stensgaard, el fugitivo de la penitenciaria, el hombre que mató a Jeanette Dauphin según la Justicia, no es ningún monstruo, físicamente hablando —hizo notar, con cierta sequedad, Yvonne.

—Yo he visto algunos retratos suyos —convino Maitland—. Es un hombre fuerte, joven, y no mal parecido. Y la señorita Jeffords tiene razón: nadie ha informado de posibles deformaciones físicas en él.

—¿Y si fuese… una caracterización, un disfraz? —sugirió Cox agudamente.

—¿Aquel rostro? —Se estremeció ella. Negó con la cabeza—. No lo creo, Basil. Era demasiado horrible para eso.

—Precisamente por ser tan horrible… pudiera ser lodo una simple farsa, que una mascarada grotesca. —Cox desarrollaba su teoría casi con brillantez, como persuadido de sus palabras—. No olviden que él fue actor y acróbata…

—Veo que ha leído atentamente el material del Police News sobre aquel suceso, Cox —comentó Maitland, irónico—. ¿Le atrae ahora la Prensa «amarilla»?

—Simple curiosidad malsana —sonrió Cox, altanero—. Su excolega. Jason Hayes, era un reportero mucho más tosco y vulgar que usted, amigo mío. Como trabajo literario, resulta deleznable, pero no se le puede negar al asunto un cierto interés. El hombre rudo, no muy equilibrado, que se desequilibra por amor… y mata a la mujer amada que no puede poseer. Un drama muy romántico, con un final muy trágico. Con música, podría ser una ópera aceptable.

—Basil, a veces eres incorregible —se lamentó Yvonne—. Y hasta desagradable.

—Lo lamento, querida —se inclinó, ceremonioso—. Pensaba

irme de un momento a otro. Esa acusación tuya, me convence de lo adecuado de un mutis digno, en este momento. Te veré más tarde. ¿Viene usted, Dennis?

—Sí, por supuesto —afirmó Maitland, disponiéndose a abandonar, con Cox, la vivienda de Yvonne Jeffords en el corazón de Londres.

—No, por favor —pidió ella inesperadamente—. Quédese usted un poco más, se lo ruego, Maitland.

—Sí, gustosamente —asintió, sorprendido. Dennis.

Cox enarcó las cejas, no dijo nada, y con dos inclinaciones breves, abandonó la casa, en silencio.

Dennis miró risueñamente a la joven. Luego, sacudió la cabeza.

—Creo que me ha hecho ganarme un enemigo… si no lo era ya —dijo.

—¿Cox? ¿A causa mía? —Yvonne soltó una suave carcajada—. Oh, no es mi galán, precisamente. Él no es de ésos. No creo que sienta celos.

—Nunca se fíe de nadie. Incluso Basil Cox puede tener algo humano bajo su hielo. Su cesto ha sido raro, aunque se dominó. No es sorprendente que se haya enamorado de usted. Eso resultaría fácil para cualquiera.

—Es muy amable, Maitland. Pero no le pedí que se quedara para hablar de amor.

—Lo imagino. ¿Qué desea de mí, señorita Jeffords?

—Por encima de todo, que no vuelva a usar esa horrible forma de tratarme, Maitland. Me gusta que me llame Yvonne, si es capaz de sentirse amigo mío.

—Gracias… Yvonne —sonrió él—. Siempre que a mí me llame Dennis.

—De acuerdo, Dennis. Seamos amigos. Ya que la casualidad nos ha mezclado en esto, de un modo u otro, tratemos de llegar a alguna parte.

—¿Adónde, exactamente? —Se sentó ante ella, a una indicación de la joven, en uno de los butacones del confortable saloncito empapelado de color ocre y azul—. Creo que cuanto yo sé, puede leerlo, si tiene el mal gusto de hojear el Police News, Yvonne. En cuanto a lo que usted pueda saber, se reducirá, imagino, a cuanto vio en el camerino de Shawn, que no fue mucho, salvo la cara del

monstruo. Por otro lado, ¿cuál es su interés en el asunto?

—Usted ha oído a Cox. Dice muchas estupideces envueltas en veneno, pero en algo tuvo razón: tengo concertada una actuación, en esta temporada de ópera. Un recital de fragmentos de ópera italiana, y un concierto de piano de Schumann. Es un programa especial, dentro de la temporada operística, y firmé el contrato con el propio Ronald Kelljan. Podría anularlo, pero no me gusta hacer eso. Da sensación de… de miedo.

—Entiendo. Cox habló del peligro que parece cernirse sobre las mujeres que son cantantes… y bonitas. Como Jeanette, Shawn y Corinne… ¿Es eso?

—Sí, es eso.

—Creo que no tiene nada de vergonzoso ni censurable sentir miedo o, cuando menos, prevención. Yo anularía ese concierto, créame.

—Es que, realmente, sí tengo miedo. Sería ridículo negarlo. Saber de un monstruoso asesino que ande suelto por ahí, con un arma afilada, capaz de degollar o mutilar a una mujer en breves instantes, no es nada tranquilizador. Además… recuerde algo que creí advertir en el camerino, aquella horrible noche.

—¿Qué, exactamente?

El gesto de Yvonne tomó una seriedad profunda, realmente llena de gravedad. Su voz sonó tensa, sin temblores. Pero también con cierto matiz de angustia:

—Aquel monstruo, al mover los labios… pronunció mi nombre. Dijo claramente: Yvonne Jeffords… Estoy segura de ello. Cuando más lo recuerdo, más convencida me siento…

Dennis Maitland no dijo nada. Apretaba sus manos, entrelazando los dedos nerviosamente. No era agradable oír aquello en boca de Yvonne. Sí, realmente, el monstruo conocía a Yvonne, es que conocía muy bien el mundo de la música, de la ópera, del concierto… Y eso le hacía particularmente temible.

—Entiendo, Yvonne —dijo, al fin, con un suspiro—. Quiere dar ese concierto, pese a todo.

—Sí.

—Pero preferiría hacerlo sabiendo que ya no hay monstruos ni asesinos en la Opera.

—Eso es —susurró ella, con ojos esperanzados, muy fijos en él.

—¿Cuándo es su recital? —Quiso saber Maitland.

Ella hizo un rápido cálculo mental.

—Faltan doce días. Son muy pocos, ¿no?

—Doce días… Sí, no es mucho tiempo. Todo está en manos de Scotland Yard. Pero creo entender que usted se sentiría tranquila si alguien más investigara esos hechos… extraoficialmente, ¿no, Yvonne?

—Sí. Un periodista, por ejemplo —sonrió ella.

—¿Yo?

—Usted. Es reportero de sucesos, puede observar muchas cosas que la policía no advertirá tan fácilmente…

—¿A qué cosas se refiere, Yvonne? —indagó con rara curiosidad Dennis, mirándole, de repente, muy interesado.

—Bueno, se me había ocurrido que si la idea sugerida por Cox fuese cierta…

—¿Qué idea?

—Eso de… de un disfraz, una caracterización o una máscara espantosa… podría suceder entonces que alguien se ocultara tras ella.

—¿Alguien? —Sí. Una persona de mente criminal, un loco peligroso, guiado por extraños móviles… Si es alguien que conocemos, se pondría en guardia ante la ley. Pero no tanto ante usted, pongamos por caso… En suma: vigile a todo el mundo, Dennis. No se fíe de nadie, y trate de estudiar a los que le rodean, dejando de lado al monstruo en sí. Es… es como una corazonada, pero me gustaría enfocar el problema desde este punto.

—¿Por qué, Yvonne? ¿Hay algo que le haga pensar en la existencia de un criminal que no sea ni ese monstruo… ni Vernon Stensgaard, el evadido de Dartmoor?

—Sí —confesó apagadamente ella—. Lo hay. Pero, de momento, no me pregunte el qué. Es algo que preferiría guardar oculto… por ahora.

—Muy bien —suspiró Dennis, irguiéndose—. Voy a hacer lo que me pide. La verdad es que ya intento hacerlo, porque otra persona me ha pedido mi ayuda oficiosa: el propio inspector Harris. Él también es de los que creen que un periodista entrometido tiene acceso a muchas cosas que un policía no puede alcanzar. Y cada vez está más convencido de que, sea quien sea el asesino de mujeres…

es alguien que conoce muy bien el Teatro de la Opera.

—Eso coincide, en cierto modo, con mis sospechas —sonrió Yvonne enigmáticamente—. Sólo falta que el monstruo en cuestión no exista… y mi teoría se habrá probado.

* * *

La teoría de Yvonne Jeffords tardó justamente dos horas en hacerse mil pedazos.

Fue cuando Dennis Maitland visitó al inspector Harris en su despacho de Scotland Yard, y éste le espetó con tono rotundo, apenas le vio entrar:

—Ya sabemos quién es, Maitland.

—¿Eh? ¿Quién es… quién? —Se sorprendió Dennis, perplejo.

—El monstruo.

—Cielos, no —el reportero se dejó caer en una silla, al otro lado de la mesa del hombre de Scotland Yard—. No es posible que exista un ser semejante…

—Existe, sí. Está demostrado.

—Pero… ¿cómo?

—Sabemos todo de él: su nombre, el motivo de su actual apariencia… Todo. Todo… menos dónde encontrarlo —se lamentó amargamente el policía, dando un manotazo sobre los papeles que inundaban su mesa.

Hubo un silencio cargado de dudas, de indecisiones y de vagos recelos. Al fin, Maitland hizo su pregunta:

—¿Quién es él?

El inspector Harris rebuscó en su mesa. Finalmente, halló algo. Se lo tendió al joven reportero.

—Véalo por sí mismo —dijo—. Ése es el hombre… o lo que sea.

Maitland se quedó helado, ante aquel rostro abominable. No pudo evitar un estremecimiento. Era un simple retrato borroso, sobre un papel amarillento, con la imagen en color sepia, en forma de óvalo o medallón. Pero resultaba de por sí harto monstruoso, aun en aquella fotografía defectuosa.

—Dios mío… —murmuró—. Es horrible…

Contempló los ojos saltones, inyectados en sangre, de los cuales uno parecía colgar fuera de su órbita, como dijeran los testigos.

Debajo, un texto impreso, descifraba, en parte, el enigma:

«London Circus. ¡El hombre más feo del mundo, en el mejor espectáculo de horror y emoción imaginable! ¡Vean a Lupus Fedorov en su alucinante atracción sin igual en toda Inglaterra y el continente! ¡Un monstruo humano, en el ejercicio más arriesgado y fantástico jamás hecho en la pista de un circo! Todas las noches: London Circus».

—Cielos… —comentó Maitland—, una atracción circense… Era eso.

—Es mucho más que eso. Lo de Lupus Fedorov es sólo el nombre artístico. Su nombre real es Lukas Fedov, y es de raza eslava. Esa fotografía data de hace más de dos años. Ahora no sabe nadie dónde se halla, ni hemos logrado que ningún agente sepa siquiera si está contratado en circos ambulantes o no. Nadie sabe nada de él. Pero en ese circo, en la troupe del London Circus… tenía un compañero de actuación, por cierto. ¿Sabe quién?

—No me lo diga —los ojos de Maitland brillaron con repentina astucia—. ¡Vernon Stensgaard, el presunto asesino de Jeanette Dauphin!

—Exacto. —Harris le miró, inquisitivo—. No se le va nada, ¿eh, Maitland?

—Era elemental imaginarse algo así —sonrió el periodista, con expresión pensativa—. ¿Eran buenos amigos?

—Muy buenos. Stensgaard era el único hombre que le trataba con afecto, con humanidad, sin fijarse, en apariencia, en su atroz fealdad. Eso hizo que Fedov sintiera por él una férrea y honda amistad, ¿entiende?

—Demasiado —entornó sus ojos Dennis, cautamente—. ¿Adónde va a parar con eso?

—Adónde usted imagina. Si Stensgaard pidiera algo a Lukas Fedov… él lo haría por lealtad y gratitud animal.

—¿Incluso… matar?

—Tal vez incluso eso. Maitland. No podemos despreciar esa posibilidad.

—No, desde luego, no. Pero para eso, Stensgaard no necesitaría huir, estar libre. Le bastaría con haber dejado a su fiel amigo Fedov una orden demoniaca de destrucción… y él la hubiera cumplido.

—Quizá. Pero tal vez entonces, a Stensgaard no se le ocurrió llegar tan lejos. Ya veremos eso, Maitland. Lo importante es que ese

hombre responde a la descripción dada. En cuanto confirmé que existía el monstruo visto inicialmente por la señorita Jeffords, busqué su posible existencia entre el mundillo más adecuado para las anormalidades físicas: el circo. Y tuve éxito.

—Le felicito, inspector. Sabía que era usted eficiente, pero no tanto.

—Aún no sabe algo más, Maitland.

—¿Todavía hay más? Esto es como una caja de sorpresas, inspector.

—Cierto. Y todas desagradables —refunfuñó el policía, malhumorado—. Fedov no siempre fue así, ¿lo sabía?

—¿Quiere decir que no nació con semejante fealdad?

—No. Eso llegó después. Cuando fue víctima de aquel hombre…

—¿Qué hombre? —El interés de Maitland iba en aumento por instantes.

—El que le engañó, haciéndole creer en un mágico descubrimiento científico. Era un cirujano. Un médico que pudo haber sido notable, pero se dedicó a investigaciones prohibidas, a experimentos peligrosos, que la Medicina no vería con buenos ojos. Clandestinamente, hacía disecciones, experimentaba en cadáveres… Creyó haber descubierto algo que podía injertarse en la piel humana, crear nuevos tejidos para embellecer, acaso en un afán de buscar la eterna juventud o algo parecido. Por entonces, Lukas Fedov era un hombre normal, aunque muy feo. El cirujano le convenció con las mejores armas a su alcance, para persuadirle de que debía someterse a su experimento, y cobrar una belleza varonil sin precedentes.

—¿Y aceptó? —Sí. Aceptó. Pese a sus recelos y temores, aceptó. Ya le dije que el cirujano apeló a toda clase de armas persuasivas. Resultó su idea. Pero no el experimento. Fedov sufrió esos injertos… y su físico se descompuso, transformándose en algo horrible: lo que es hoy día. Tejidos y elementos humanos obtenidos de cadáveres, fueron rechazados, y produjeron deformidades y aberraciones físicas en el pobre Fedov. Estoy seguro de que le hubiera matado con sus propias manos, de no ser porque la justicia le libró de esa tarea. El cirujano, sorprendido en otro acto delictivo, fue procesado y condenado a muerte, por utilizar seres vivos en sus experimentos prohibidos, muchos de los cuales causaron la muerte

a sus sujetos.

—Usted ha hablado varias veces de «las armas utilizadas por el cirujano para persuadir a Fedov» —recordó Maitland, curioso—. ¿Cuáles eran esas armas tan convincentes?

—Una mujer: la esposa del propio cirujano.

—Lo imaginaba. Fingiría amor por el pobre desdichado…

—Eso es. Fue todo muy vil. Pero ella se libró de todo cargo de complicidad, y pudo seguir su vida, una vez enviudó, al ser ejecutado su esposo.

—¿Quién era ella?

—Una cantante de ópera, Maitland.

—¿Qué?

—Una cantante de ópera, llamada Nancy Leigh Lucca… Actuó varias veces en la Opera de Londres. Un día… apareció colgada de una cuerda, en un telar. Todos pensaron que se suicidó, acaso por viejos remordimientos, pero…

No dijo más. Sin embargo, Dennis Maitland se estremeció. Pensó en el monstruo deforme, en la venganza, en el cirujano ahorcado, en su viuda también colgando de una cuerda… y en el Teatro de la Opera.

Segunda parte

Muerte en Escena

CAPÍTULO PRIMERO

La Opera.

Un viejo edificio, cargado de historia y de triunfos líricos. Abundante en dorados, en espejos, en cortinajes, en alfombras, en butacas de rojo tapizado, en lámparas de cristal gigantescas y radiantes de luces, cuando ardían todos sus brazos sobre las cabezas de los espectadores.

Aquello era la Opera de Londres, cerca de la orilla del Támesis, cerca de Waterloo Bridge, cerca de los distritos elegantes de Londres. Y también de los portuarios y de los populares. Todo el mundo iba a la ópera. El aristócrata, el millonario o el personaje popular, a la platea o a los palcos de honor. La clase media y acomodada, a los pisos intermedios. El pueblo, la gente humilde, a la más alta planta del coliseo.

Y el escenario…

Ancho, neo, suntuoso escenario de amplia boca, de grandes cortinajes rojos, con flecos dorados. Arriba, sobre la embocadura, las máscaras de la Farsa, riendo y llorando eternamente, grabadas en dorados arabescos. Abajo, el foso de la orquesta, la roja nota tapizada de la concha para el apuntador… Dennis Maitland examinaba todos y cada uno de esos detalles, minuciosamente, en un paseo lento e interminable, que se prolongaba ya más de una hora. Plateas, palcos, corredores, escalinatas, vestíbulos, hasta llegar a la embocadura y subir al escenario por la pasarela que rodeaba al foso de los músicos, con su alto estrado para el director de orquesta en el centro.

Arriba, las tablas de la escena. Ahora desnuda de escenografía. Sin cortinajes, salvo en su embocadura y primera caja. Una luz de gas, brillando tristemente en medio de la escena vacía. Sillas, un piano para ensayar la partitura… Y la soledad de un teatro sin público, sin intérpretes, sin sonidos, sin aplausos, sin luces.

—¿Satisfecho ya, Maitland?

Se volvió. Escudriñó la platea, desde lo alto de la escena. El hombre venía por el pasillo central, entre las rojas lilas de butacas, caminando con huecos pasos, que retumbaban en la acústica del local.

—Oh, ¿es usted, Thayer?

—El mismo —sonrió fríamente el director de escena, cerca ya de la pasarela—. ¿Quién creyó que era? ¿El monstruo de la Opera?

—No me pareció tan feo. Ni tan peligroso.

—Muy amable —rió, saltando al escenario. Se limpió de polvo las palmas de sus manos—. ¿Qué hace por aquí, a estas horas, Maitland?

—Curiosear. Voy a escribir una crónica sobre el interior del Teatro de la Opera. Esta semana, por fortuna, no ha habido ningún asesinato. La búsqueda de Lupus Fedorov y de Vernon Stensgaard, y los funerales por Corinne
D’Andrea
y Shawn Francis, no son suficiente noticia para llenar el periódico. El patrón me ha encargado un trabajo accesorio sobre este local.

—¿El tirano de Scott? —Sonrió Thayer—. Pudo haberlo hecho él. Conoce bien esto. Para algo fue crítico de teatro y de música, antes de meterse en esa basura del Police News… con todos los respetos.

—No se deshaga ahora en disculpas. Sé que es una basura, pero se vende bien, y es negocio. La gente gusta de leer todo lo desagradable, y paga por ello. Eso es lo que le importa a Scott. Ni siquiera creo que quiera recordar ahora sus tiempos de periodista serio y formal. Se gana más en nuestro semanario. Piense que lodos llevamos, además de nuestro salario, una comisión sobre la venta de ejemplares, proporcionalmente a nuestro cargo en el periódico.

—Si esto sigue así, terminará rico, Maitland —comentó, con macabro sentido del humor el director escénico.

—Ya he llegado a pensarlo —bostezó Dennis, sacudiendo su cabeza—. Pero no me seduce la idea. Prefiero ganar menos, y no tener pesadillas por las noches, Thayer.

—No me hable de eso —rezongó el funcionario de la Opera—. Yo no descanso bien, desde hace mucho tiempo. Tengo sueños horribles, con esas pobres muchachas…

—Lo supongo —le miró, fijo—. Usted las debía conocer bien…

—A todas, si. A Jeanette, a Shawn, a Corinne… A todas.

—¿Y… a Nancy Leigh Lucca? —preguntó, de repente, Dennis.

Thayer pegó un respingo. Le miró, entre sorprendido y alarmado.

—Cielos… —murmuró—. ¿Qué tiene ella que ver en esto?

—Recuerde que voy a escribir sobre la Opera. Y sobre su historia. Ella… ella también murió aquí, ¿no es cierto? En la propia escena…

—Bueno, eso fue… fue diferente.

—¿Diferente? ¿Por qué? Fue una muerte violenta, ¿no?

—Violenta, pero por propia voluntad. Se suicidó, colgándose de una cuerda del telar… Espantoso, Maitland. En un día como éste, en que no había función ni ensayo… apareció ahí, coleada… —señaló a lo alto, entre las bambalinas—. Hubo que subir a la primera planta, para descolgar el cadáver, cortando la soga.

—¿Usted trabajaba ya en la Opera, Thayer?

—¿Yo? —Miró a Dennis con rara expresión—. Maitland, si va a escribir esa historia en su periodicucho, tendrá que saber que… que yo fui quien descubrió el cadáver.

* * *

—Sí, Maitland. Él le dijo la verdad. Fue quien halló el cuerpo de la pobre Nancy… —tomó un sorbo de *brandy*, y Maitland observó el casi imperceptible temblor de la ruano de Ronald Kelljan cuando alzaba su copa, en la que destelló límpidamente el reflejo de la luz de su lámpara color azul, de brillante luz de gas.

Dennis jugueteó con su propia copa de cristal tallado, calentada al vapor para dar mejor paladar al buen *brandy* servido. Miró en torno, a la suntuosa vivienda del millonario que invertía su dinero en el teatro, por amor al género operístico. Y también por amor a algunas bellas cantantes, según malas lenguas.

—¿Siempre anda Thayer por el teatro, aunque no haya nada que hacer en él? —indagó.

—Casi siempre. O ensaya o dirige pruebas… o monta alguna idea suya para una obra. Y si no hace nada de eso, se sienta en el patio de butacas y parece dormir. Pero creo que en su mente escucha oberturas y arias sin cesar —sonrió, moviendo su

aristocrática cabeza—. Vic es un enamorado de su profesión. Le apasiona el arte. Y la música, sobre todas las cosas, en especial aplicada a la escena, al teatro. La ópera es su vida.

—¿Y la suya no, señor Kelljan? —sugirió el joven reportero.

Kelljan le miró por encima de su copa, mediada de licor ámbar. Depositó ésta lentamente sobre una mesita circular, de caoba y nácar, y contempló el muro, después de su ojeada a Maitland.

—Vea eso —invitó—. ¿Usted qué cree?

Dennis miró. Ya lo había visto antes. Todo el muro aparecía cubierto por fotografías, bocetos, dibujos y grabados de temas operísticos, todos ellos enmarcados sobriamente. En otro extremo de la sala, había un piano y un mueble repleto de partituras musicales voluminosas, seleccionadas por autores.

—Amo todo lo que eso significa, Maitland —dijo con voz apasionada—. Thayer y yo nos parecemos en eso, aunque nuestra labor sea diferente. El goza con crear, con modelar cada obra, cada escena y cada acto. Yo, soy feliz con financiar una representación, dos, cien, si es preciso. No es un negocio. Gane o pierda, nada cuenta. Lo importante es dar gloria a ese viejo y entrañable teatro nuestro. Y extraer nuevas figuras, lanzar nuevos nombres, voces jóvenes a la fama…

—¿Cómo Corinne D’Andrea? —sugirió Maitland.

Kelljan le clavó una mirada fría e irritada. Pero mantuvo su altivez.

—Como Corinne, y como tantos otros —crispó de repente su boca, con un rictus de ira, y sus ojos fulguraron—. ¡Y mientras tanto, surge una bestia, un cobarde asesino, un ser mil veces peor que un reptil venenoso, y destruye tantos y tantos esfuerzos, aniquila vidas que significaban mucho para el teatro, para el arte! ¡Aniquila la obra de todos nosotros, sólo con un golpe salvaje de cuchillo! —Hace algo más que eso, señor Kelljan: acaba con una vida humana.

—Hay vidas humanas que no tienen gran valor: mujerzuelas, gente vulgar… ¡Pero una cantante, una artista! Y luego otra, otra… ¡Hay que parar a ese monstruo! ¡Maitland, detenga su furia homicida, acaben con él de una vez… y yo, Ronald Kelljan, pagaré

a quien lo consiga la suma de cinco mil guineas!

—¿Puedo publicar eso en mi periódico, señor Kelljan? —preguntó el reportero.

—¡Sí, sí! ¡Publíquelo! ¡Doy mi palabra, y nunca retrocedo al darla! ¡Pagaré esas cinco mil guineas a quien ayude a capturar o matar al asesino de las artistas de mi teatro, Maitland! ¡Destaque eso en primera plana! ¡Hágalo, por favor!

—Lo haré, señor Kelljan —dijo fríamente Maitland—. Es un buen incentivo para que nos ayude la gente a dar con el culpable. Pero no lo hago por sus cantantes y su teatro, sino por esas vidas humanas que, sean cuales sean, tienen el mismo valor para mí. No lo olvide, señor Kelljan.

Caminó hacia la salida de la suntuosa estancia, dando por terminada la entrevista. Se detuvo en la puerta, volviéndose al millonario.

—Ah, una última pregunta, señor Kelljan —habló—. ¿Está usted totalmente seguro de que la muerte de Nancy Leigh Lucca fue un suicidio… y no otro asesinato, el primero de todos?

Kelljan pestañeó, sorprendido. Le contempló largamente, antes de responder. Cuando lo hizo, su tono era seco:

—Cuando menos, nadie sospechó nunca nada en ese sentido… Pero le mentiría si yo le dijese que no lo pensé… y albergué grandes sospechas de que así hubiera ocurrido… Nancy había sido muy desgraciada por su matrimonio anterior… y yo intentaba protegerla. Pero no hubo tiempo de nada. Murió demasiado pronto para recuperar a la gran cantante que llevaba dentro…

—Lo imagino —suspiró Maitland, ya abriendo la puerta—. Gracias por todo. Pero creo que, justamente en aquel momento, se inició todo. Y que la muerte de Nancy en el telar, no fue sino el inicio de la gran tragedia de la Opera de Londres…

Cerró tras sí, dejando a un Ronald Kelljan sombrío y preocupado.

Salió Maitland a la calle. Por rara circunstancia, era un día otoñal de tibio sol, sin bruma alguna. Caminó de regreso al periódico. En su mente, iba tratando de reunir y dar un orden a todos los datos que obraban en su poder. Pero cuanto más lo intentaba, mayor era su confusión.

Sin embargo, de algo se sentía seguro, y esa idea le inquietaba

profundamente.

La tragedia del Teatro de la Opera había comenzado hacía tiempo. Pero no había llegado aún a su fin. Sólo un interrogante torturador bailoteaba en el cerebro de Dennis:

—¿Quién será la próxima víctima del monstruo…?

* * *

—¿Otra víctima? ¿Por qué habría de haberla, Dennis? —Se escandalizó su jefe, dejando de preparar la maqueta de la portada del número inmediato, en la que había tenido que abrir hueco arriba, en la parte más destacada, para la oferta tentadora de Kelljan a quien ayudase a capturar al asesino de la Opera.

—No lo sé. Como hubo todas las anteriores. Porque es una cadena.

—¿Una cadena? —Frunció el ceño Russell Scott, frotándose luego su enérgico mentón con mano ruda—. ¿Qué clase de cadena?

—Una, hecha con eslabones de sangre. Si la tragedia comenzó con Nancy Leigh Lucca, su asesino tuvo que ser Lukas Fedov. Si luego Stensgaard mató realmente a Jeanette Dauphin… tenemos ya dos asesinos diferentes en un mismo escenario, por motivos distintos. Venganza y odio, en el primer crimen. Pasión y celos, en el segundo.

—¿Adónde diablo vas a parar, Dennis? —refunfuñó Scott.

—Deje que siga, jefe. Llegamos a Shawn, a Corinne… Ellas no murieron por una razón concreta. No podía haber alguien que tuviera algo contra todas ellas. Por tanto, las mataron siguiendo un ritual.

—Un ritual… ¿Qué clase de ritual, muchacho? —se exasperó su jefe.

—El de la sangre. Había que matar. Por la razón que fuese, había que seguir matando. Y me temo que esa razón sigue en pie, siendo válida para el asesino.

—¿Stensgaard… o Lukas Fedov?

—Quizá uno de ellos… o los dos.

—¿Los dos?

—¿Por qué no? A Fedov, la monstruosa experiencia del cirujano criminal, le convirtió en un ser abominable… Una especie de gárgola viviente. Pero también debió afectarle el cerebro su

profunda metamorfosis. Ahora es un demente deforme, y ha tomado afecto por el único que le trató humanamente: Stensgaard, su compañero del London Circus. Eso permite suponer que no sería un imposible la creación de un tándem de asesinos, unidos por un común deseo de desquite de la sociedad. O en una parte concreta de ella: las cantantes de ópera, especialmente, las jóvenes y hermosas.

—Nancy Leigh Lucca no era ya joven cuando apareció ahorcada. Tenía más de treinta años —le recordó Scott—, y estaba muy ajada, prematuramente envejecida, aunque conservara la frescura de su voz. —No importa. Fedov la recordaba cómo era cuando la conoció, en el laboratorio del doctor. Una mujer atractiva, que le sedujo sin escrúpulos, para ayudar a su esposo en el experimento. Esa imagen quedó grabada en la mente de Fedov, no la posterior, tras el cambio. Y mató a aquella Nancy, no a la que viera en el teatro, si es que fue él su asesino. Igual odio sintió Stensgaard por una mujer, bella y cantante de ópera, si realmente mató él a Jeanette. Así, unidos en su odio enfermizo, movidos por una idéntica sed de sangre que saciara su amargura, la ruina que en ellos causaron mujeres de esa clase… ¿por qué no imaginarlos unidos? Eso explicaría muchas cosas.

—Y cuando caigan ambos en poder de la justicia, el asunto habrá terminado, afortunadamente —resopló ahora Scott—. Pero lo malo es que ese hecho no se ha producido aún.

—Lo evidente es que el monstruo estuvo en el escenario de ambos crímenes recientes. Yvonne Jeffords no se equivocó al verle en el camerino. Ni los testigos callejeros, al verle escapar en un fiacre negro. Las manchas de sangre en rostro y manos, hacen suponer que es el ejecutor material. O acaso él y Stensgaard actúan simultáneamente… y sólo por su fealdad, resulta notable la presencia de ese ser.

—Todo es pura divagación. Maitland. Y con eso no se llena el periódico —le recordó su jefe—. ¿Vas a traer algo nuevo para la próxima edición?

—Es posible —asintió Maitland—. Recuerde, jefe, que hay algo que aún no está totalmente claro, ni mucho menos.

—¿Y… qué es ello?

—La desaparición del monstruo, en un camerino cerrado. Yvonne le vio. Pero no así Vic Thayer, presente en la escena.

Tampoco pudo escapar, sin ser visto. Había gente afuera. Si Thayer se distrajo o salió un momento, con Yvonne, puede que actuase rápidamente y saliera por la ventana, pero…

Se quedó su frase en el aire. Russell Scott le miró fijamente.

—Pero… ¿qué?

—He recorrido hoy In azoten y los patios, tras visitar el interior del teatro. He examinado esa ventana angosta…

—¿Y…?

—Los datos, fotografías y descripciones que el inspector Harris ha obtenido de Lukas Fedov, son muy completos. Y por todo ello, he podido llegar a la conclusión rotunda de que, dado el volumen de su cráneo, la anchura desmesurada de sus hombros y la contextura pesada y atlética de Fedov, que le hace asemejarse a un gorila… jamás podría salir o entrar por esa ventana, ni tan siquiera con poderosos esfuerzos y mucho tiempo a su disposición.

CAPÍTULO II

Los carteles anunciaban con grandes letras el acontecimiento:

«Esta noche, representación única de la ópera de Ricardo Wagner: Lohengrin.

Presentando en escena la actuación de Sonya Robinson, por vez primera en esta obra.

Próximo jueves: recital y concierto de piano por la cantante y pianista Yvonne Jeffords, en gala especial».

El inspector Harris examinó los carteles atentamente, paseando por la acera amplia, a la que asomaba la fachada principal del Teatro de la Opera. Una leve ojeada en torno suyo, le tranquilizó. Aparte los habituales policemen de servicio, numerosos agentes de Scotland Yard, vestidos de paisano, recorrían el área, vigilantes. El cerco en torno al teatro, era completo, para evitar cualquier incidente.

Dentro del coliseo, más agentes, uniformados o en traje de calle, recorrían dependencias exteriores y del escenario, vigilando la seguridad de todos cuantos componían el personal técnico y artístico del elenco.

—Espero que esta vez no suframos ninguna sorpresa desagradable —comentó entre dientes—. Cuando menos, todas las medidas están tomadas. Esta vez, el asesino no podría entrar por parte alguna. Y si se hallase dentro del teatro, escondido en algún lugar adónde mis hombres no han llegado… no podrá salir.

Siguió su paseo, más tranquilo. Empezaba a estar convencido de que era humanamente imposible que el monstruo golpeara de nuevo, aniquilando otra vida humana.

Pero, por otro lado, algo inconcreto le inquietaba, en lo más profundo de su ser…

Cuando se alejaba del teatro, otro carruaje se detenía ante el mismo. Del vehículo descendió, ampuloso y siempre frío y correcto

en sus ademanes, Basil Cox, del Globe, empuñando un elegante bastón de ébano con empuñadura de marfil.

Se encaminó al teatro y, complacido, leyó las carteleras. Luego, sus pasos firmes y arrogantes, le condujeron hacia los accesos a contaduría y oficinas del teatro. Sin él advertirlo, un hombre de Scotland Yard le siguió, a prudencial distancia, sin perderle de vista un solo instante.

Harris, realmente, había tomado todas las medidas posibles.

Pero…

* * *

Pero no eran suficientes.

No para él. No para aquel ser monstruoso que se deslizaba sigilosamente por las altas plantas del teatro, entre telares, cuerdas, sacos de contrapeso y telones multicolores, que descenderían cuando comenzase la representación, invadiendo de formas ficticias el amplio escenario.

La figura se movía lenta, pesadamente. Era una especie de orangután suelto, con andares simiescos, entre las tablas, o mareante altura sobre el escenario, saltando de tabla en tabla, con el vacío debajo, sin apariencia alguna de vértigo.

Vestía enteramente de negro. Y negra era la caperuza que cubría la parte superior de su cabeza, sin ocultar su rostro demoníaco y horrible. A simple vista, hubiese parecido un verdugo de la Edad Media. O una gárgola dotada de siniestra vida.

El dantesco ser de la Opera de Londres, deambulaba como al azar por aquellas alturas. Pero sus pasos no estaban en absoluto guiados por la casualidad. Tenían una meta, y él sabía cuál era.

Rió entre dientes, observando las figuras desconocidas que caminaban a un lado y otro, por escenario y plantas de camerinos. Sabía bien que no eran curiosos, gente del teatro ni nada parecido.

—Policías… —susurró roncamente, con sus labios deformes—. ¡Sucios y malditos policías…! No os servirá de nada estar aquí. De nada, cerdos… ¡El monstruo es más listo que todos vosotros! ¡El monstruo golpeará de nuevo… y destruirá la belleza otra vez! ¡Porque así tiene que ser… y así será!

Su risa hueca alcanzó un tono profundo y estremecedor, que tenía más de ronquido animal que de voz humana. Al mismo

tiempo, se golpeó, orgulloso, el pecho con manos cubiertas de cicatrices, parches de piel rugosa o demasiado tensa, y fragmentos velludos, que hacían parecer ciertas zonas de sus dedos y dorso como propios de un simio.

Sus ojos malévolos recorrieron la distancia en sentido vertical… hasta detenerse en unas manos. En unas teclas blancas y negras. Un piano. Un pianista.

Al lado de él, otra figura. Otras manos. Una mujer en pie junto al instrumento. Modulando su voz profunda y vibrante, rica en matices. Una voz poderosa, entonando fragmentos wagnerianos.

La mirada del monstruo se clavó, finalmente… en un rostro de mujer.

La cantante wagneriana. Alta, morena, broncínea, de negros cabellos lisos, de grandes y rasgados ojos negros, de boca carnosa y sensual, de potente pecho, que se ensanchaba en cada nota poderosa de Lohengrin.

—Bravo, Sonya —aprobó el pianista, dando fin a una de las arias, con un golpe de piano. Se enjugó el sudor—. Lo haces perfectamente. Tendrás un gran éxito, estoy seguro.

Sonya Robinson, cuya presentación en uno de los importantes papeles estelares de Lohengrin era inminente ya, sonrió, satisfecha, respirando con fuerza tras el ensayo.

—Temía que esas partes se me resistieran —comentó—. Mañana, a toda orquesta, ensayaré de nuevo por la tarde. Quiero afianzar esos puntos.

—Hazlo, para mayor seguridad —aprobó el pianista—. Pero creo que lo dominas todo perfectamente, Sonya. Te deseo mucha suerte y éxito.

—Gracias, Burt —suspiró ella, recogiendo sus partituras y apartándose del piano—. Te veré luego. Tengo que probarme unos vestidos y una peluca en la sastrería y *atrezzo*. Me espera allí Thayer, con Miles Riordan. —Hasta luego, Sonya.

Se separaron el pianista y la cantante. Arriba, en los telares de la Opera, ya no había nadie. El monstruo había desaparecido, tan sigilosamente como apareciera. Nadie había advertido su presencia ni un solo instante.

* * *

—¡Thayer! ¡Thayer! ¿Está ahí?

Silencio absoluto. La voz potente de Sonya Robinson rebotó con ecos vacíos en los muros del foso, donde se hallaba situada la sastrería, *atrezzo* y peluquería del teatro, bajo el suelo del amplio escenario.

La luz rosada del gas, en el interior de sastrería y *atrezzo*, expandía su suave claridad por el foso en sombras, con olor a humedad y abandono. En la distancia, alguna rata emprendió veloz carrera entre las cajas y embalajes del decorado y el *atrezzo* de la compañía.

Sonya no se alarmó por ello. Estaba familiarizada con el interior de un teatro, y sabía lo que podía encontrarse en sus fosos. Ante el silencio que acogiera su llamada, insistió, aproximándose a la sastrería:

—¡Riordan! ¡Riordan! ¿Está usted ahí? ¡Thayer! ¿Dónde se han metido los dos?

Todo continuaba callado. Sonya llegó a la puerta de la sastrería teatral. No descubrió el menor rastro de persona alguna.

Los trajes y demás elementos de vestuario, aparecían alineados en filas de perchas, ante una serie de espejos sucios, que reflejaban la claridad rosada de la única lámpara de gas encendida. Había otras dos, pero con sus mechas apagadas.

Taburetes, mesas, tocadores para pruebas y retoques, se apilaban por doquier, formando una jungla de madera y de silencio. El aire olía a moho, a humedad, a ropa, a naftalina, a cosas cerradas durante largo tiempo…

En una larga mesa, dos planchas de carbón esperaban el momento de poner en condiciones algunas prendas arrugadas por el traslado. Sonya se contempló, con su rostro deformado por la mala calidad del vidrio, en los numerosos espejos alineados en la sastrería de la Opera.

—Bueno, esperaré a que alguno de ellos baje —murmuró Sonya Robinson, tranquila, disponiéndose a tomar asiento.

Entonces captó el ruido. A sus espaldas.

Giró la cabeza, con sobresalto. Miró a la oscuridad húmeda del foso. Esta vez no era una rata. Precisamente por su costumbre de vivir dentro de los escenarios, la Robinson podía estar segura de cierta clase de sonidos.

—¿Es usted, Thayer? —Preguntó en voz alta, sin recibir respuesta—. ¿Riordan?

Nada. El silencio había vuelto, tras aquellas pisadas sigilosas, sobre las maderas del foso, no lejos de la sastrería.

Arrugó el ceño. Caminó hacia la puerta, decidida. En alguna parte, en las sombras, se repitió el crujido. Pisadas otra vez. Pisadas de hombre. Incluso captó, con su agudo oído, una especie de jadeo, como de respiración contenida…

De repente, Sonya sintió que se le erizaban los cabellos en la nuca. Fue súbito todo. Asaltó su mente un helado terror, que poco antes ni siquiera intuía, en su inconsciencia juvenil.

Jeanette el Ruiseñor de Oro… Shawn… Corinne… Todas ellas.

De súbito, estaba pensando en las muchachas muertas. Cantantes de ópera… Recordó a… al monstruo.

Yvonne Jeffords habló de él. Y otros testigos. Lo había leído en algún periódico también. Pero nunca le dio importancia, No pensó que a ella pudiera nunca sucederle algo así…

—¡Thayer! —llamó ahora con voz más aguda, más angustiosa también—. ¡Riordan! ¡Sé que están ahí, no bromeen…!

Nadie le respondió. Pero el crujido de las tablas, el siseo de la respiración contenida, seguían flotando allá afuera, en el foso…

Sonya no pensó ya en salir. Hasta abandonar el foso, había demasiada distancia. Y la puertecilla de acceso al interior de la concha de apuntador estaba cerrada. Mi ese camino podía utilizar…

Retrocedió. Se fue hacia dentro, hacia las ropas colgadas, como un ejército silencioso, de fantasmas indiferentes, llenaban los muros… Quizá allí dentro pudiera esperar, defenderse de cualquier ataque…

Los espejos le devolvieron ahora una sucesión de imágenes de su rostro, mucho menos moreno y jovial que antes. Estaba asustada, de color ceniciento. Se le dilataban los ojos. Aquello era terror. Terror ciego, envolviéndola con sus zarpas invisibles y heladas.

Miró una larga serie de ropajes colgados. Prendas de nórdicos héroes germánicos, ropas de wagnerianos personajes teatrales… Luego, alucinada, clavó la mirada en la entrada de la sastrería. Ya no se oía nada. Ni roces de pisadas. Ni respiración alguna.

Pero no se fiaba. Ahora, no. No saldría. Se ocultarla, a la espera de lo que pudiese suceder…

Estaba cubierta de un sudor helado, pegajoso, que era como una capa de hielo resbaladizo sobre su tersa piel. Se desabotonó la blusa de seda rizada, con violencia casi. Saltó un botón, además de desprender el primero. La prominencia de sus senos broncíneos, asomó, palpitante por el miedo. No le importó. Allí no había nadie que pudiese espiar sus atractivos físicos al descubierto.

Contuvo el aliento. Ya no se oía nada. Eso quería decir que el intruso se había ausentado, alarmado quizá por la seguridad de que Thayer o Riordan no tardarían en bajar… o que ella había oído mal anteriormente, atacada por un inexplicable acceso de pánico.

—De todos modos, me ocultaré… y esperaré… —musitó, decidida.

Y tiró a un lado de los ropajes, para ocultarse debajo de ellos.

Se encontró con la cara de ojos colgantes, inyectados en sangre, la boca babeante y el rostro velludo, a sólo una pulsada de su propio rostro.

El fétido aliento del monstruo la golpeó de lleno. Unas manos rugosas e informes, se alzaron hacia ella.

Un desgarrador estallido de voz de mujer escapó por su boca abierta, desencajada, con el terror de la muerte impreso en su faz color ceniza.

El monstruo cayó sobre ella, desde detrás de los ropajes que le ocultaban.

En el vacío y silencio de la sastrería teatral, una mujer alucinada trató, en vano, de luchar por su vida.

Un cuerpo joven de mujer forcejeó, entre desgarrones de ropas, que dejaban al descubierto su desnudez mórbida, con un ser aterrador e invencible…

Sus gritos rasgaron el silencio, perdiéndose en ecos agudos, por el vacío oscuro y lóbrego de los fosos escénicos.

Poco más tarde, apenas unos segundos después, el filo del acero hendía sus pechos, su vientre, sus muslos, para terminar alcanzando su cuello con un chirriante chasquido de carne abierta, de sangre escapando, tumultuosa, por los boquetes feroces…

Goterones de sangre salpicaban una faz diabólica, de monstruoso ente de pesadilla, flotante como un horror vivo ante la mirada desorbitada de la víctima que jamás, pese a su dilatación mortal, podía competir con la horrible presencia de aquellas esferas

oculares colgantes, fuera de las órbitas de un rostro monstruoso.

Arriba, finalmente, los alaridos postreros de Sonya Robinson, llegaron a oídos de alguien.

Vibró un largo silbato metálico, agudo y lleno de agresividad.

Docenas de policías surgieron por doquier. Se desparramaron por el escenario, la platea, las plantas de camerinos…

—¡El foso! —Gritó alguien—. ¡Vienen del foso!

Se bloquearon las salidas. Salieron a relucir pistolas en las manos de los agentes de paisano de Scotland Yard. Los silbatos formaron un concierto horrible.

Todo acceso posible para salir o entrar en el foso, fue inmediatamente taponado por los agentes de la autoridad. Nadie podía ya abandonar el foso del teatro. El inspector Harris, antes de distribuir a sus hombres, había examinado minuciosamente los planos de la Opera. No había otros accesos que los señalados.

—Si esta vez ha sucedido algo abajo… cuando menos, habremos aislado y acorralado, finalmente, al culpable —dijo el constable Warren, encabezando a uno de los grupos de hombres armados, con una potente lámpara en su mano, para ahuyentar las tinieblas del foso.

El descenso se hizo en tropel, pero ordenadamente. Otros hombres quedaban arriba. El teatro entero estaba conmocionado. Pero, como decía el constable Warren, esta vez no había evasión posible para el criminal, si algo había ocurrido en el foso.

CAPÍTULO III

El inspector Harris, mortalmente pálido, recorrió otra vez la sastrería de arriba abajo. Se asomó a los fosos en sombras. Sacudió la cabeza, convulso. Sólo vio luces de lámparas, figuras uniformadas de azul, hombres armados a su servicio. Todo controlado. Todo en orden. Todo dominado por la policía.

Y, sin embargo…

—¡Sin embargo, ha escapado otra vez! —rugió, descompuesto, golpeando una mesa—. ¡No hay el menor rostro de él, por ninguna parte!

Los policías permanecían callados, en torno suyo. Se miraron, ensombrecidos, sin saber qué responder. Ellos mismos se mostraban tan abatidos y confusos como su jefe.

Harris regresó al interior de la sastrería. Contempló el horrendo destrozo, la sangre que todo lo empapaba, que corría por la superficie azogada de dos espejos, que manchaba las ropas germanas, que corría por el suelo, desde el punto donde el cuerpo moreno de Sonya Robinson había sido acuchillado brutalmente, hasta extraerle el último aliento vital. El ensañamiento era cruel, inhumano. Hubieran bastado la mitad de impactos de acero para terminar con su vida.

—No es posible… —le tembló la voz—. No pudo salir de aquí. Nadie podría hacerlo, con todos los accesos controlados, con policías por todas partes… ¡Ese maldito monstruo no puede tener el don de diluirse en el aire o de hacerse invisible! Y, sin embargo…

Sin embargo, no se le ocurría explicación alguna. El registro del foso había sido exhaustivo. La búsqueda, implacable. El resultado era nulo. Nada. Y nadie.

Ni huella del criminal, pese a que las pisadas sangrantes del suelo de la sastrería habían de pertenecer a él. Eran pisadas grandes, acaso de un calzado del número 45 o 46… Muy adecuado

a los pies de Lukas Fedov.

Pero ni Lukas Fedov ni ningún otro aparecían en parte alguna de los fosos. No quedaba escondrijo posible por revisar, ni acceso por vigilar. Pero todo era inútil. Como por arte de magia, el criminal no estaba en el escenario de su horrible crimen. La última pisada visible del hombre que pisoteó la sangre de su víctima al alejarse… aparecía ante una mesa y un espejo mural para pruebas de sastrería. Ahí terminaba todo.

—Tal vez se despojó del calzado, al notar que había sangre en la suela, pero aun así… ¿dónde pudo ocultarse, por dónde pudo escabullirse?

Las interrogantes no tenían respuesta. Y la Opera se había cobrado otra víctima. Sonya Robinson era la elegida esta vez. Otra joven y hermosa cantante.

La cadena sangrienta proseguía. Harris salió rápidamente de la sastrería, para tratar de emprender otras pesquisas, aunque las consideraba inútiles de antemano.

En el foso, junto al acceso principal al escenario, se tropezó con Dennis Maitland. El joven llegaba, pálido y demudado.

—¿Otra vez, inspector? —Quiso saber.

—Sí —masculló el policía—. Otra vez. Sonya Robinson, ahora. Abajo, en los fosos.

—¿Y…?

—Nada. Igual que antes. Estaba todo bloqueado. No pudo salir. Pero salió.

Dejó a Maitland sin añadir una palabra más, evidentemente indignado y furioso consigo mismo, por aquel inexplicable fracaso. Dennis frunció el ceño, pensativo.

Descendió a los fosos. Pronto se encontró ante el cuerpo de la infortunada mujer.

Estudió el cadáver, las pisadas, siguió las huellas enrojecidas, como hiciera Harris. Se paró ante el espejo, contemplándolo, meditativo. Su imagen reflejada no le gustó. Estaba desaseado, despeinado, pálido y sin afeitar. Tal como le había sorprendido la noticia, por un emisario enviado por Harris a su casa.

—Bueno… —suspiró entre dientes, con pesimismo—. Me temo que esta semana se va a vender mucho el Police News…

* * *

La edición estaba virtualmente agotada. Se trabajaba contra reloj en la redacción, para lanzar una segunda edición, con noticias de última hora a la calle.

Los titulares empezaban a ser irritantes para mucha gente:

«La Opera, convertida en matadero. Cerco policial que no sirve de nada El asesino se burla de Scotland Yard, y escapa rodeado de agentes. ¿Hasta cuándo?».

—Eso no le va a gustar a Harris —comentó secamente Maitland, devolviendo el ejemplar a Scott.

—Pero le gustará a la gente —suspiró su jefe—. Y ellos son los que compran el semanario, no lo olvides. Me temo que debemos ser forzosamente duros con nuestra policía. Este nuevo crimen va a sentar muy mal a la opinión pública. E incluso al Gobierno. Es una burla sangrienta. El asesino estaba acorralado, metido en una ratonera, según Scotland Yard. Y resulta que cuando abren el cepo… no hay nada en él.

—Sí, ya lo he comprobado por mí mismo —suspiró Dennis, escribiendo unos apuntes de última hora para su columna, con pulso indeciso—. Scott, creo que Harris hace cuánto es humanamente posible.

—Personalmente estoy convencido de ello, Dennis. Pero como redactor-jefe de nuestro semanario, no puedo decirle eso a nuestro público. Ellos piden información, piden cabezas responsables. Y habrá que dárselas. Siempre ha sido así.

—Sí, supongo que sí… —Maitland sacudió la cabeza—. Dios míos, el jueves actúa Yvonne…

—¿Y qué? —Le miró Scott con sorpresa.

—No podemos correr el riesgo de que ella… ella sea la próxima víctima.

—Dennis, no podemos hacer nada. Puede ser cualquiera. ¿No te das cuenta? Lo que sucede es que esa chica te interesa más que las otras. Pero es un ser humano, como lo era Sonya Robinson o las demás. El peligro es igual para todas.

—Tal vez con Yvonne sea mayor.

—¿Mayor? ¿Por qué motivo, precisamente ella?

—Porque… porque ella sabe algo, Scott. Algo que no me ha revelado, y que la hace temer por su propia vida. Quiere evitar que le llegue el tumo. Imagino que estará aterrorizada con esto de

anoche. Hoy la Opera cierra sus puertas. Pero conozco a Kelljan. Y a Thayer. No cerrarán el jueves. Ni Yvonne renunciará a su concierto. Ése es el gran peligro…

—¿Qué diablos puede saber Yvonne Jeffords, que la haga estar más en peligro? —Dudó Russell Scott, con aire escéptico—. Sabemos que han de ser Stensgaard o Fedov. O ambos unidos. ¿Hay algún otro misterio?

—No lo sé. Es preciso que hablemos con ella. Y que nos revele lo que sabe o cree saber. Tal vez sea algo de lo que no se siente muy segura… pero vale la pena hacérselo decir. E incluso publicarlo, si hace falta. Ello quizá contribuiría a que el culpable no fijara decisivamente su mirada en ella, por tal motivo.

—Sí, es una buena idea. ¿Cuándo piensas ir a verla? Podemos ir juntos, Dennis.

—Es lo que me propongo. Tú eres más persuasivo que yo. Tienes autoridad, Scott. Puedes convencerla de lo que digo. Pero, antes, debo ver a otras personas. Yvonne debe descansar ahora, y en su casa no es fácil que corra peligro alguno.

—¿No? —Dudó Scott, enarcando las cejas.

—No. Date cuenta de que el asesino… siempre actúa en la Opera. O cerca de ella…

Salió del despacho de su jefe, y también del periódico, añadiendo, antes de salir:

—A media tarde iremos a buscar a Yvonne a su casa. Ahora, debo hacer unas preguntas.

—¿A quién?

—A varias personas… justamente en la Opera.

* * *

—Es fácil explicar lo sucedido —suspiró Thayer, molesto—. Riordan podrá confirmarle lo mismo que yo digo: una nota, encontrada en la sastrería, indicaba que Sonya Robinson nos esperaba arriba, en su camerino, antes de la prueba, para hablar con nosotros sobre ciertos detalles sobre su indumentaria en la obra. Acudimos allí, esperando a que terminara el ensayo, y ella, en vez de subir al camerino, descendió al foso…

—¿Guarda usted esa nota, Thayer? —Quiso saber Maitland.

—No, desde luego que no. Imaginé que era letra de ella, y no me

paré en pensar que hubiese encaño en ello. Además, estaba escrito con lápiz labial… No le di gran importancia.

—Entiendo. ¿Riordan la leyó también?

—No. —Thayer se mordió el labio, preocupado—. Yo le informé de palabra. ¿Qué sucede, Maitland? ¿Es que hay alguna sospecha sobre mí, tal vez?

—No, Thayer. Sólo trato de saber cómo sucedieron las cosas. Usted conoce bien el teatro. ¿Ocupó bien las salidas del foso el inspector Harris, al situar a sus hombres en el escenario?

—Perfectamente. No hay ni una salida más.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Tampoco la había en el camerino… y el monstruo escapó de allí.

—Yo sigo sin creerlo, diga Yvonne lo que diga.

—Thayer, ¿cuántos años lleva usted trabajando en este teatro?

—Maitland, pregunta demasiadas tonterías… Todo el mundo sabe que trabajo para la Opera hace más de cinco años…

—¿Hay alguien que conozca este teatro por dentro mejor que usted?

—Sí —sonrió Vic Thayer, malicioso—. Su empresario y director, Ronald Kelljan.

* * *

—Thayer le ha informado bien, Maitland —suspiró Kelljan apaciblemente, aunque dominando un claro disgusto que asomaba a sus ojos—. Conozco ese teatro como la palma de mi mano.

—¿Desde hace muchos años?

—Bueno, desde que ocupé su dirección. De eso hace ya…

—Doce años —apuntó suavemente la voz tranquila de Basil Cox.

Dennis miró de soslayo al crítico del Globe. No hizo comentario alguno.

—Eso es —asintió Kelljan—. Cox es hombre de buena memoria y profundo conocimiento de la materia sobre la que escribe. Doce años, poco más o menos, Maitland.

—Y el teatro está construido hace…

—Treinta años —volvió a apuntar Cox, indolente—. ¿Satisfecho, colega?

—Mucho, gracias. Es usted una enciclopedia viviente, Cox. De modo que, según esos períodos de tiempo, podemos decir que usted, Kelljan, puede conocer muy a fondo su teatro… pero éste pudo haberle ocultado ciertos secretos de construcción, que usted jamás se preocupó de averiguar.

—¿Por ejemplo…? —interrogó, ceñudo, el millonario.

—Por ejemplo… pasadizos secretos —apuntó Dennis, golpeando de súbito un muro del despacho de Dirección, en el Teatro de la Opera.

—¡Pasadizos secretos! —Kelljan soltó una carcajada—. Cielos, Maitland, eso… eso es simple melodrama, fantasía de escritores, de viejos castillos medievales y cosas así…

—Quizá. ¿Usted qué opina, Cox?

—Que usted delira, Maitland. Nunca oí hablar de tales posibles pasadizos.

—Eso no significa que no los haya. Ninguno de ustedes, por su edad o su relación con el teatro en que nos hallamos, puede saberlo absolutamente todo sobre este local.

—¿Y usted pretende saberlo, quizá? —Se mofó Cox.

—No. Pero he pedido un favor a Scotland Yard. Y van a concedérmelo.

—¿Un favor? No le entiendo, amigo mío —gruñó el millonario.

—Perros policías. Mastines.

—¿Qué?

—El inspector Harris los traerá aquí calladamente, en un vehículo cerrado. Si hay pasadizos secretos… ellos los encontrarán, caballeros. Y estoy seguro de que, si fuera así, hallaríamos el camino que sigue nuestro monstruo para entrar y salir del teatro como un verdadero espectro inmaterial…

* * *

El carruaje se detuvo delante de la entrada a la vivienda de Yvonne Jeffords. Una zona residencial londinense, particularmente bella y cuidada. Rodaban pocos vehículos, y el lugar se mostraba tranquilo, rodeado de jardines.

—Harris debió ponerle vigilancia —se quejó Dennis, bajando detrás de su jefe, Russell Scott—. Es un fallo imperdonable.

—Sospecho que él sólo piensa en el Teatro de la Opera, Dennis.

No puede andar situando agentes en las viviendas de todas las cantantes de Londres.

—Cierto. De todos modos, tendrá que hacerlo con Yvonne, en el futuro. Desde hoy mismo.

—Sí, quizá sea una buena idea —admitió Scott.

Llamaron a la puerta. Yvonne vivía sola, según sabía Dennis Maitland. Una mujer aseaba su casa cada día, pero sólo en las primeras horas de la mañana. No abrió nadie.

—Tal vez salió de casa —señaló Scott, tras la segunda e inútil llamada a la puerta.

—Tal vez —admitió Dennis, ceñudo—. Pero convendría cerciorarse de ello.

—¿Cómo, Dennis? Las ventanas están muy altas…

—Claro —sonrió Maitland—, pero por algo venimos dos. Sitúate debajo, y súbeme en tus hombros. Esa ventana no tiene cerrados los postigos.

—Dennis, si alguien nos contempla… —se azoró Scott, mirando en torno, apurado.

—Al diablo con la gente. Vamos, súbeme sobre tus hombros. Será un momento. Scott hizo de tripas corazón, y aupó a su colega y compañero. Maitland asomó tras las vidrieras, sin contraventanas. Lanzó una imprecación, palideciendo.

—¡Dios mío! —jadeó—. ¡Vamos, hay que entrar, como sea!

—Pero… pero, Dennis, ¿qué sucede? —Se aturdió Scott.

—¡El gabinete! ¡Hay huellas de lucha, muebles volcados y un espejo roto! ¡Pronto, vamos al interior! ¡Tal vez sea demasiado tarde ya!

Cargaron contra la puerta, sin contemplaciones. Cuando desgajaron la cerradura, entraron rápidamente en la casa. Unos curiosos testigos permanecían ante el edificio. Uno corrió a avisar a un policeman.

Recorrieron toda la casa. Había alfombras arrugadas, muebles torcidos o ladeados, y alguno volcado. El espejo se había roto, a causa de una estatuilla arrojada contra él. O contra alguien situado ante ese espejo.

Ni rastro de Yvonne. Maitland respiró hondo, enjugándose el sudor. Era preferible esto, con ser inquietante, que enfrentarse a un nuevo cadáver acuchillado. No había ni rastro de ella. Había

desaparecido.

—Secuestrada… —jadeó roncamente, al fin.

—No hay muchas dudas sobre eso… —Scott miró al exterior—. Viene un policía, Dennis.

—No importa. Nada importa ahora, salvo encontrar con vida a Yvonne.

—¿Qué crees que sucedió?

—Que el asesino supo que ella sabía algo de él. Debió hablar en público alguna cosa reveladora, sin comprender que podía ser escuchada. Vamos, Scott. Hay que hacer algo.

—Pero… ¿qué, Dennis? —gimió el redactor-jefe del Police News, con la vista fija en el policeman, cada vez más próximo.

—No lo sé. Sea lo que fuere lo que hagamos, la clave de todo está en la Opera.

—¿La Opera? Está lejos de aquí, Dennis…

—Sí. Es la primera vez que nuestro monstruo sale tan lejos de allí… y a pleno día. Tal vez ése haya sido su gran error…

—¿Qué quieres decir? —Se intrigó su jefe, siguiéndole a pasos forzados al exterior.

—Nada. Lo entenderás más tarde… si todo sale bien. Y espero que sea así. Por Yvonne… y por muchas otras personas.

—Pero, Dennis, ¿sabes realmente detrás de lo que vamos ahora?

—Sí, Scott. Detrás de un asesino muy peligroso. De un loco muy especial y temible… que no pagaría sus crímenes con cien vidas que tuviera. Porque lo peor que puede existir en este mundo es el afán de matar… sin motivo.

CAPÍTULO IV

—¡Sin motivo! —repitió el inspector Harris, parpadeando—. ¿Está seguro de eso, Maitland?

—Muy seguro —asintió Dennis—. Como lo estoy que esos perros husmean algo, inspector. —Y señaló a los mastines de la policía. Tras olfatear la sangre de Sonya Robinson, estaban olfateando por el foso. Otro grupo de perros, allá arriba, guiados por el constable Warren, buscaban en los camerinos de la primera planta donde murió asesinada Shawn Francis.

Russell Scott y Basil Cox, perplejos, asistían a la rara cacería. También Thayer, más alejado, permanecía impávido, contemplando la insólita escena de aquellos perros deambulando por un teatro operístico.

—Creo que no resultará nada de todo eso —resopló Scott, con gesto abatido. Tomó su sombrero resueltamente—. Me voy al periódico, Dennis. Y os deseo suerte, pero este experimento no puede aplazar la aparición de nuestra nueva edición especial… La gente espera ávidamente la salida del periódico a la calle.

—Inglaterra ha perdido el gusto y la sensibilidad —se quejó Cox —. Dios míos, ¿adónde vamos? Usted sólo piensa en su bazofia ilustrada, ¿eh, Scott?

—Es mi obra, en cierto modo —admitió, con orgullo, Scott, camino de la salida—. Cuando me hice cargo del Police News, no se vendían ni cien ejemplares semanales, Cox. Hasta luego, Dennis. No dejes de ir a informarme urgentemente, si ocurre algo nuevo…

—¡Eh, espera! —Avisó Maitland vivamente, alcanzando a su jefe y tomándole por el brazo. Señaló a los mastines—. ¡Mira! ¡Lo encontraron!

—¿Qué? —Excitado, pálido, Scott contempló ávidamente a los perros—. No es posible…

Lo era. Los animales estaban ante el espejo del recinto de

sastrería. Dos de ellos ladraban, mirándose en el vidrio azogado. Otros dos manoteaban, a zarpazos sobre el espejo, como si quisieran romperlo o apartarlo de su paso.

Dennis Maitland no comentó nada. Se precipitó súbitamente contra el espejo, con todo el peso de su cuerpo el vidrio se quebró en pedazos…

Y en ese momento, al otro lado del espejo, la pared, tras el impacto demoledor, mostróse ante todos, girando sobre sí misma…

Scott se quedó de una pieza, igual que Thayer, Cox y los demás. Arriba, la voz de Warren llamó:

—¡Eh, inspector! ¡Aquí! ¡Los perros hallaron una puerta secreta!

—¿Dónde? —aulló Harris, excitado.

—¡Dentro del armario del camerino!

—¡Warren, por el amor de Dios, sisa ese camino con los perros… y con gente armada! —Voceó Maitland—. ¡Y tenga cuidado! ¡Encontrará a Yvonne Jeffords, viva o muerta… al monstruo de la Opera!

—Sí, Warren, haga lo que dijo Maitland —confirmó Harris.

Luego, se volvió a los demás. Requirió a hombres armados, que acudieron a su llamada. Las linternas brillaron en manos de los agentes especiales de Scotland Yard. En su excitación, Dennis Maitland mantenía sujeto por un brazo a su jefe. Le apremió:

—¡Vamos, vamos adentro, amigo mío!

—Pero, Dennis, esto no es para mí. Mejor vuelvo al periódico y…

—¿Y perderte este gran reportaje? Cielos, recuerda, Scott… Significa, quizá, cobrar cinco mil guineas de Kelljan… Es la recompensa por el monstruo…

De mala gana, arrastrado por Maitland, Scott le siguió, junto con los hombres de Scotland Yard.

Se aventuraron por un lóbrego corredor, que despedía un fuerte hedor a humedad y abandono. Una escalera angosta descendía poco después, hacia un suelo pedregoso, medio cubierto de agua fangosa.

Maitland identificó el lugar:

—Las esclusas ciudadanas al Támesis… Creo que estamos en el buen camino…

Al final de una especie de larga cloaca, volvía a subir el sendero, hasta reptar por unas escaleras talladas en la piedra. Así alcanzaron

un nuevo nivel, un largo pasadizo…

Al final, bailoteaban luces y gruñían los perros. Harris llamó:

—¡Warren, somos nosotros! ¡Nos encontramos!

La voz retumbó sordamente en el subterráneo. Hubo un momento de desconcierto. De repente, Dennis giró la cabeza hacia las sombras, a su derecha.

Había captado un gemido ronco. Un sollozo ahogado… de mujer.

—¡Aquí! —rugió—. ¡A la derecha, Warren! ¡Vamos allá! ¡Creo que están ahí, en alguna parte! ¡Cuidado con la mujer!

Giraron ellos. Y las luces. Un trozo de muro se movía, mostrando una claridad de alguna parte. Esa especie de puerta empotrada se estaba cerrando. Dennis Maitland se adelantó a todos, precipitándose sobre ella. Se apoyó, con fuer/as titánicas, evitando que se ajustara. Alguien rugió inhumanamente allá, en la luz. Los perros aullaban, furiosos. Saltaron también sobre la piedra, siguiendo a Maitland. Éste se vio arrollado por ellos, pero los animales lograron aunar sus fuerzas, dejando que cediera totalmente la piedra. Saltaron a la luz. Al mismo tiempo, Maitland golpeaba con algo. Miró al sucio, tambaleante. Luces de los agentes cayeron sobre un cuerpo humano, tendido en el suelo húmedo, rezumante.

Estaba medio descompuesto. Despedía un profundo hedor, y la carne grisácea se rompía en jirones purulentos. En las cuencas de los ojos, flotaba un líquido fétido, con gusanos…

—¡Dios mío, es Vernon Stensgaard, el evadido! —aulló Harris, antes de correr, con Maitland, hacia la luz, donde los mastines parecían luchar con algo o alguien, de fuerzas sobrehumanas… pero que inexorablemente estaba pereciendo entre las zarpas y colmillos de los excitados animales.

Cuando llegaron a la luz, se detuvieron, sorprendidos. Estaban en una de las salas de la Opera. Con el empapelado muro abierto. En el suelo, yacía Yvonne Jeffords, alada y amordazada, con ojos dilatados por el horror.

Más allá, el monstruo, el horrible ser que ahora era Lukas Fedov, caía bajo el ataque de los perros policías, tras haber estrangulado a dos de ellos brutalmente…

Los ojos del monstruo, patéticos y horribles a la vez, buscaron a

alguien del grupo, y parecieron hallarlo. Su voz ronca, bestial, gimoteó:

—Ayúdeme… Ayúdeme, patrón… Yo le he sido fiel… Yo siempre le ayudé… Ya no podemos matar más mujeres… Yo lo hice todo por usted… ¿Por qué no me ayuda… ahora… y viene con ellos? Yo no hice nada… Era usted, patrón… quien las acuchillaba… Sólo… usted…

Todos miraron al hombre a quien pedía desesperadamente ayuda el monstruo. Maitland, el primero, al ver asentir, aterrorizada, a Yvonne.

—Vaya —murmuró roncamente el joven reportero—. Lo suponía. ¿Eres tú el asesino, Scott?

Russell Scott, redactor-jefe del Police News, intentó rabiosamente atacar a Dennis, a todos los demás… Se precipitó sobre Yvonne Jeffords…

—¡El periódico seguirá vendiéndose! ¡Más que ninguno! —rugió —. ¡Seré rico con él! ¡Muy rico y famoso…!

El disparo de un policía abatió, malherido, a Russell Scott.

El drama había terminado.

* * *

—Scott… Pero ¿por qué él? ¿Cuál es la verdadera explicación de todo, Maitland?

A Maitland le enorgullecía que fuese precisamente Cox, el hombre que todo lo sabía, quien hiciera la pregunta. Respondió, apaciblemente, con leve tono de ironía:

—No podía ser Stensgaard. El pobre fugitivo de Dartmoor jamás mató a Jeanette. Fue víctima de la maldad demencial de otro hombre: Russell Scott, cuya mente desquiciada había imaginado la más terrible forma de vender el periódico, hasta la riqueza total: cuando no había crímenes, crearlos él. Una farsa sangrienta, sin víctima preconcebida alguna. Al azar, pero con motivos para vender ediciones y más ediciones… Cobraba comisión muy alta sobre la venta, ya lo saben… Era una forma de locura peligrosa. Porque sin motivo, ¿quién sospecharía jamás de Russell Scott? Stensgaard escapó para buscar al asesino de Jeanette. Su antigua amistad con el deforme Fedov, de nada iba a servirle ahora, porque un buen conocedor de las historias de la Opera, Russell Scott, que fue crítico

de arte y música, cosa que él jamás reveló, supo que el desdichado e inofensivo monstruo habitaba en el subsuelo secreto del teatro. Ahora sabemos, gracias a Yvonne, que ella había visto una vez los viejos planos del Teatro, hace cuatro o cinco años… en manos de un tal Scott, y en esos planos había pasadizos secretos. De Scott, recordó bruscamente que también conocía de modo personal a Fedov, y empezó a sentir sospechas, que no veía muy claras. Por eso me pidió que investigara yo, precisamente, que estaba cerca de mi jefe.

—Y así, Scott se ganó el afecto de Fedov, hasta el punto de hacerle creer que el evadido de Dartmoor venía a matarle, y el desdichado mató a su viejo amigo, pasando a ser siervo leal de su jefe, ¿no, Maitland? —señaló Thayer roncamente.

—Así es. Faltaban datos de la Opera en los archivos de mi periódico, y es porque Scott los ocultó, para mantener siempre ese refugio seguro, y a la vez el acceso a las dependencias del teatro, sin ser visto.

—Por otro lado, apenas le habló usted de Yvonne, él se anticipó a su visita, yendo personalmente y secuestrándola… aunque hubo de hacerlo por la fuerza, ya que Yvonne sospechó de su visita.

—Eso es, inspector Harris —afirmó Maitland, mirando con una amplia sonrisa esperanzada a Yvonne Jeffords—. De todos modos, pudimos salvar su vida, que él pensaba, sin duda, sacrificar más tarde, tras vender otra edición, con la noticia del secuestro…

—¿Cómo pudo enloquecer de ese modo su jefe? —Nunca lo sabremos. La mente humana sufre, a veces, raras y terribles desviaciones, amigo mío. Y lo peor es que cuanto más loco e inteligente sea ese afectado, tanto más sabe ocultar su terrible tara. Ése era el caso del bueno y simpático Scott, apreciado por todos. Su obsesión por el periódico, le llevó a ese horror. Y lo malo es que ahora venderemos aún más ejemplares que antes, estoy seguro de ello…

—Cielos, Dennis, procura mantener tú la serenidad —habló Yvonne, risueña—. Y olvida a tu periódico, cuando quieras ganar dinero…

—Sospecho que, con la recompensa de Kelljan, hay suficiente dinero para no pensar más en oscuras tentaciones de horribles sensacionalismos…

—E incluso te has convertido en un buen partido para muchas chicas de la buena sociedad londinense… —rió, de buena gana, la muchacha.

* * *

Lo cierto es que el Police News aún vendió muchos más ejemplares, en dos ocasiones.

Una, fue con motivo del internamiento de Russell Scott en un centro de enfermos mentales, por vida.

La otra, fue cuando Russell Scott se ahorcó en su habitación, en un acceso demencial.

Sin embargo, la noticia social de la boda de Dennis Maitland con la bella cantante y pianista Yvonne Jeffords, triunfadora en el Teatro de la Opera de Londres, no hizo aumentar la tirada en un solo número.

Quizá porque esa clase de noticias, no eran las que interesaban al público lector que había forjado Russell Scott, desde la redacción de su semanario amarillo, trágicamente teñido de rojo…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como

escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.